

Córdoba durante la guerra de la Independencia 1808-1813.

PRÓLOGO

Córdoba, ciudad indolente y tranquila, que antes de la invasión francesa dormitaba al arrullo de sus pasadas glorias, no tenía en el siglo XVIII más foco intelectual que la Real Sociedad Patriótica, entre cuyos individuos descollaba el Penitenciario Arjona y varios catedráticos del Real Colegio de Humanidades de la Asunción, influídos algunos por los enciclopedistas franceses. Casi toda su actividad estaba reconcentrada en el cultivo de los campos, labrados por grandes terratenientes o por pequeños pegujareros y en el fomento de sus ganaderías, principalmente de la raza caballar cuyos soberbios ejemplares son en todas partes tan celebrados.

Las industrias que tanto nombre le dieron, habían decaído de un modo lastimoso: no quedaban para curtir sus famosos guadamecés más que algunas tenerías en la ribera del Guadalquivir, que seguían empleando en los curtidos los sistemas primitivos; poquísimos telares de seda se hallaban en movimiento y sus productos se exponían en modestas tiendas situadas en la calle de Lineros; la platería con sus valiosos y delicados trabajos de filigrana, iniciaba su decadencia, conservando escasos núcleos artísticos, que habían tardado en contaminarse con las obras menos exquisitas de la platería madrileña, y los gremios de toqueros, caldereros, armeros, silleros, agujeros, etc., arrastraban una vida lánguida y precaria.

Según el geógrafo Isidro Autillon, y los padrones que se conservan, la población de Córdoba sería de unos 40,000 habitantes, número que ha aumentado hoy en mayor proporción que su perímetro. La vida era más fácil y agradable y la higiene dentro de la casa pobre, estaba mejor atendida que hoy. Los cordobeses, acostumbrados a una existencia plácida, pero monótona, respetuosos con la autoridad y el clero, que era dueño de hermosas fincas en el término de la población y que ejercía gran ascendiente en las almas, conservaban sus costumbres sencillas, y celebraban las fiestas religiosas tradicionales que eran algo consustancial con sus na-

turala y acudían a ellas en fervorosas procesiones. El Triunfo, el Patio de los naranjos de la Catedral, la Ribera y los alrededores del Santuario de la Fuensanta, eran los únicos sitios a donde concurrían en sus paseos domingueros los burgueses después de misa, y los pobres a tomar el sol, sentándose en los poyos colocados en su recinto. No existía teatro, ni se disfrutaba de más espectáculo, descontando el intervalo de la prohibición de Godoy, que los toros, cuya plaza ruinoso se levantaba en el Campo de la Merced.

Las Ordenes religiosas, protegidas y mimadas por su rancia Nobleza, vivían prósperas y felices; contadas eran las que no tenían casa, convento o residencia en la capital, pero sufrieron una brusca sacudida en todo su ser con la invasión extranjera, a pesar de que en su candorosa ingenuidad, creyéronse capaces de impedir la entrada a Dupont, uno de los más bravos generales de Bonaparte. Puede decirse que no se había visto en Córdoba un ejército desde la guerra de Sucesión y los aprestos militares que se hicieron inútilmente para la reconquista de Gibraltar; las guerras que España sostuvo en el reinado de Carlos IV, apenas repercutieron en la Ciudad más que para la formación de una gleba extraordinaria, de la que se evadieron fácilmente, con sus abusivos privilegios, la Nobleza y el Clero

El horroroso saqueo por las tropas de Dupont, despertando las energías más viriles, aún que reconociese su impotencia el vecindario para castigar al francés, que venía a remover las tranquilas aguas de su existencia, hizo que se tuviese un odio a muerte al invasor y sólo se pensara en combatir a los soldados enemigos como a una legión de bárbaros. Bien puede decirse que esta dominación pasajera, que trajo a España todo el séquito de males inherentes a las conquistas, la violación de los más sagrados derechos y el ataque sin freno a la propiedad, no consiguió echar raíces en el suelo cordobés, el cual resistió cuanto pudo el paso de aquellas legiones contaminadas con todos los vicios que engendra así la vida de los campamentos, como el frenesí de las continuas victorias y como hijas del espíritu revolucionario de Francia que renovaban las ideas filosóficas de Europa.

El decreto del rey José suprimiendo las Ordenes regulares, fué uno de los mayores desaciertos de su gobierno; los frailes lanzados de sus conventos avivaban en los campos la ira acumulada contra los que violentamente los arrojaban de sus casas, sin respetar ni los lugares santos, y para vengarse predicaron la guerra contra el invasor, levantando y dirigiendo guerrillas en defensa de sus más sagrados intereses, la religión y la patria. El pueblo los siguió al ver sus templos convertidos en cuarteles, sus imágenes profanadas, su ciudad invadida y dominada por la fuerza, y el hambre extendiéndose con todas las miserias que lleva consigo; también

sirvió, y no poco, para aumentar el odio existente, la exacción de las contribuciones forzosas, a pesar de que no bastaba el capital de los ciudadanos todos para pagar los tributos que mensualmente, con aspecto de legalidad les imponían los dominadores, y les era preciso fundir sus alhajas y cubiertos, y hasta algunas preseas de su Santa Iglesia Catedral, para verse libres de la cárcel y del destierro. Por estas razones, la invasión napoleónica tuvo forzosamente que ser execrada por el pueblo cordobés y recordada como una fecha tristísima en sus anales, aún después de largos años.

No he de reproducir aquí como un eco a gran distancia esa antigua animadversión. Al bosquejar este cuadro histórico he procurado que vayan siempre unidas la probidad y la imparcialidad, y aunque enemigo de toda intrusión armada o pacífica del extranjero, no me ha cegado el amor a mi patria chica hasta el extremo de aplaudir el acto irreflexivo del exaltado ciudadano que motivó el feroz desenfreno de la soldadesca invasora, ni tampoco los actos posteriores que realizó el vecindario, vengándose en cuantas ocasiones se le presentaban, de los que por medio de la fuerza y el engaño habían conseguido dominar nuestro país.

Muchos detalles de la estancia de los franceses en Córdoba habían impresionado mi fantasía de niño al oír relatarlos a mis antepasados, en los que perduraban las referencias de los días que pasaron escondidos en los sótanos y zaquizamies de sus casas, hambrientos y llenos de terrible incertidumbre ante el peligro que a todos amenazaba, y también teniendo a la vista el sable, conservado por mi familia, como perteneciente a uno de mis bisabuelos, hijo de la belicosa Francia, en cuyas huestes se incorporó voluntariamente, fascinado por el brillo de las banderas de Bonaparte, vieja arma que con las indelebles manchas de sangre que tiñen su hoja avivaban en mi imaginación las escenas de luto y de matanza en que había tomado parte activamente.

Andando el tiempo obtuve la plaza de Archivero del Ayuntamiento de mi ciudad natal y perseverando en mis estudios y aficiones históricas, busqué en cuanto pude, los documentos que allí se conservan referentes a la Guerra de la Independencia con el propósito de escoger datos para escribir una modesta monografía; más era tal el cúmulo de noticias que, como hilos de una revuelta madeja, iban surgiendo conforme abría los antiguos legajos, que me animaron a escribir una obra de más importancia, a fin de que no permaneciesen ignorados gran número de los hechos de la dominación francesa en Córdoba, que si fué dura y violenta, también sembró los gérmenes de una nueva vida, como igualmente en toda España. He estudiado las *Actas Capitulares*, dos gruesos legajos que llevan la signatura de *Archivo de la Prefectura francesa* y las distintas secciones de *Beneficencia, Obras públicas* etc., que forman parte del mismo. Además he examinado la documentación del *Archivo Catedral, Archivo y Bibliote-*

ca Episcopal, Seminario, Biblioteca Provincial y la del *Real Colegio de la Asunción*. En la Biblioteca y en el Archivo Histórico Nacional pude consultar la documentación referente a ese funesto periodo, como así mismo algunos folletos raros en la Sección de *Varios*. En la importantísima *Biblioteca del Marqués de Toca*, encontré la colecciones de Periódicos de igual época que había buscado con inútil empeño. En Sevilla y Málaga han facilitado mi labor señores Gomez Imaz (q. e. p. d.) y don Narciso Díaz Escobar, y por último del *Archivo* del Congreso de los Diputados he recogido algunas notas sobre las convocatorias de Cortes.

Terminado mi trabajo lo dí a conocer al insigne maestro don Rafael Altamira, que guió mis investigaciones en el Centro de Estudios Históricos y obtuvo de él la más benévola acogida. Por su mediación el hispanófilo. Desclevises de Dezert me facilitó varias notas de obras francesas que no existían en nuestras Bibliotecas. A dichos Centros e ilustres personalidades me complazco en enviar desde aquí la expresión de mis más profunda gratitud.

La lista bibliográfica sería muy extensa y como la mayor parte de los sucesos referidos están tomados de documentos coetaneos, hemos preferido hacer las llamadas oportunas en el texto, en vez de publicar una relación que poco añadiría a la *Bibliográfica de la Guerra de la Independencia*, de Ibañez Marín. Llevará la obra un apéndice con los documentos más importantes y al final una lista de los folletos y manuscritos relacionados con el asunto, objeto de estas páginas, indicándose la Biblioteca o Archivo donde se conservan.

Hechas las anteriores manifestaciones sólo me resta solicitar para este Ensayo la benevolencia con que suele el público alentar semejante clase de trabajos y la cual me prestará ánimos para realizar otras investigaciones sobre puntos oscuros de la historia de Córdoba.

CAPITULO I

Entrada del ejército francés en España. «Caida de Godoy». Preparativos para alojar a los soldados franceses en Córdoba. Inquietud al recibir la noticia de la abdicación de Carlos IV. Oficio del Alcalde de Móstoles. Bando del Capitán General de Cádiz. Notable cabildo celebrado en la ciudad el 10 de Mayo. Creación de la junta de la tranquilidad. Abdicación de Fernando VII. Nombramiento de lugar-teniente general del Reino. Pasquin en la Casa de Correos. Convocatoria de las Cortes de Bayona. Renuncia de Carlos IV a favor de Napoleón.

Tristes presentimientos, desde los primeros meses del año de 1808, embargaban a toda España y muy principalmente a las regiones más apartadas de la capital, con la entrada de las tropas francesas, cuyos puntos de destino se ignoraban.

En el mes de Octubre del año anterior, Godoy con su decreto sobre la organización de la Caballería y compra de caballos había soliviantado a la Nación, y especialmente a Andalucía, hablándole de un enemigo a quien no nombraba; y a tal extremo llegó esta inquietud, exacerbada por el vergonzoso proceso del Escorial, que el Rey, se vió obligado a dar el decreto del 16 de Marzo, leído en el Cabildo que celebró la Ciudad de Córdoba, el día 22, en el cual, «manifestaba su piadoso corazón, que el ejército de su caro aliado el Emperador de los Franceses, atravesaba el Reino sólo de paso y con ideas de paz y amistad». En este mismo cabildo se vió también el decreto del día 18 en que se exoneraba a don Manuel Godoy de los empleos de Generalísimo y Almirante.

En 1807 la Ciudad para contar con su apoyo le había nombrado Veinticuatro Primero y Preeminente en el Concejo; y derrochó gran lujo en el título que le expidió el Rey, poniendo en sus pastas las cifras del Príncipe de la Paz, el escudo de Córdoba y las dignidades del agraciado, todo hecho con piedras preciosas cuyo valor ascendió a la cantidad de treinta y cinco mil reales. En cuanto tuvo noticia el Ayuntamiento de que se le confiscaban todos los bienes, y se le exoneraba de sus dignidades, acordó escribir a don Juan de Aréco en cuyo poder se creía que obraba todavía el título, pues aún Godoy no se había posesionado de la Veinticuatría, para que lo remitiera por el correo inmediato; más Aréco contestó que el 1 de Enero le había entregado el título de Veinticuatro, por lo cual podía el Ayuntamiento reclamarlo a la Junta de Ministros del Consejo de Castilla.

Mientras tanto, los individuos que componían el Ayuntamiento, trabaja-

ban sin descanso en preparar alojamientos para las tropas francesas, que vieran. Los Diputados de Guerra emitieron informe, manifestando que los conventos de Santa Victoria, San Pablo, San Agustín, y las Escuelas Pías, eran a propósito para alojarlos dentro de la población, así como los del Carmen y Madre de Dios, situados a extramuros, si se prefería que estuviesen fuera de la capital. Así se acordó, como también que se prepararan las sábanas y camas que estaban en la torre de Calahorra, y que se citase a los gremios, para que proporcionasen el contingente de camas que a cada cual le correspondía.

La alarma de la Ciudad aumentaba cada vez más; no cesaban las postas de venir de Madrid con órdenes y despachos reales; el 25 de Marzo se recibió la provisión del Consejo, fechada el 20 de Marzo, comunicando la abdicación de Carlos IV, en su hijo Fernando VI; luego vino la Real Orden del 6 de Abril en la que Fernando mandaba a la Ciudad, que levantarán los pendones en su nombre cuando se lo ordenase.

El 12 del mismo mes, se reunió el Cabildo Catedral en pleno y con carácter extraordinario, por orden del Dean, para leer la siguiente carta de Fernando VII. «Venerable Dean y Cabildo de la Iglesia Catedral de Córdoba: Como el acierto que deseo conseguir en el gobierno de estos Reynos que Dios se ha servido poner a mi cuidado, por renuncia de mi Augusto Padre, pende de la divina asistencia principalmente; he resuelto que se implore esta por medio de fervorosas y devotas rogativas, de que he tenido a bien avisaros, para que como os lo mando y encargo, dispongáis se hagan en esa Iglesia las que en semejantes casos se acostumbran, de que me daré por servido. De Palacio 7 de Abril de 1808 Yo el Rey». Cumpliendo el anterior encargo, dispuso el Cabildo, que se celebraran rogativas los días 20, 28 y 29, con el ceremonial propio de las grandes fiestas.

Todo mantenía en tensión los ánimos y aumentaba con nuevo combustible la indignación del pueblo; pero la chispa que hizo estallar la mina, fué el famoso parte del Alcalde de Móstoles, dando cuenta de los sucesos ocurridos en Madrid el 2 de Mayo y que recibió en la noche del día 7 el Corregidor don Agustín Guaxardo y Fajardo, remitido por las villas de Espiel y Villaviciosa

El pueblo en masa se lanzó a la calle y nadie durmió aquella noche en la capital. El Corregidor conferenció con el Comandante de Armas de la Plaza (1) que era el inquieto y bullicioso vizcaino don Pedro Agustín

(1) Del expediente de su cruzamiento en la orden de Calatrava en 1801, resulta que nació en Sestao, (Vizcaya) el 25 de Junio de del 1756, siendo sus padres don Joseph de Echavarri y Hurtado de Segura, natural de Sestao y doña Antonia de Sustacha, natural de Somorrostro. Fué marino en su juventud y tomó parte en la campaña del Rosellon. Se encontraba en Andalucía encargado de la persecución de la partidas de bandidos y contrabandistas cuando le sorprendió la guerra. Despues de la acción

Echavarri y con el Decano del Ayuntamiento, acordando despachar enseguida un posta yente y viniente con la siguiente carta para el Capitan General de Cadiz, don Manuel de la Peña: «Excmo. Señor. En esta misma hora se acaba de recibir por dos conductos un oficio dado en Móstoles, de que remito a V. E. uno de los ejemplares. Ya conoce V. E. la crítica situación; los pueblos del partido desean ver las disposiciones que se toman en esta capital, para seguir sus pasos He hecho consulta con este Comandante de Armas, con el Decano de este Ayuntamiento y mis Asesores; conocemos que el alistar todos los caballos de este Reino puede ser el servicio mas importante y tenemos dadas algunas diligencias para ello; pero siendo V. E. la cabeza de las Armas de esta provincia, hemos considerado que su determinación es lo que debemos preferir y asi por medio de expreso yente y viniente lo pongo en conocimiento de V. E. y quedamos aguardando con ansia su resolucion, Dios Guarde etc »

Al día siguiente se reunió el Ayuntamiento en Cabildo general extraordinario, que aprobó todas las medidas tomadas por el Corregidor en los siguientes términos: «Habiendo oido las largas reflexiones que hicieron los Diputados y Sindico del Común, y conferido el punto con la meditación correspondiente, se acordó que no se haga novedad, ni proceda a alguna otra providencia, mas que a la tranquilidad del publico, aunque Córdoba llena de patriotismo, de lealtad, de espíritu y valor y animada del mas acendrado amor a su Soberanos, está y estará siempre pronta y resuelta a defender hasta derramar su sangre en cualquier evento necesario.»

No sabían que pensar los Veinticuatro y Jurados que constitufan el Cabildo de la Ciudad, ni que hacer en caso tan perentorio; en su consecuencia publicó un bando el Corregidor disponiendo que, «todos los vecinos de este Pueblo se retiren a sus casas, trabajos y destinos, que por ahora no ofrece materia para que dejen su tranquilidad los asuntos presentes y de que el gobierno de esta Ciudad si la ofreciese, se cuidaria de avisarles y de tomar todas las providencias necesarias que los casos pidan.»

de Alcolea, figura en el ejercito del general Cuesta, quien en el parte dado en Monasterio el 17 de Abril del 1809, elogia su comportamiento en la batalla de Medellin. Tuvo el mando de las tropas que acudieron a defender a Zafra, sin conseguir su intento. Durante algun tiempo dirigió las guerrillas que acosaron a los franceses en Córdoba, y tomó parte activa en la guerra del reino de Murcia, publicando un *II Reglamento para que los Murcianos se armen y defiendan contra el enemigo, con un estado general de los pueblos de que se compone la provincia de Murcia, para rebatir el enemigo. Murcia 9 de Mayo 1816. Biblioteca del Marqués de Toca.*

En la Biblioteca Nacional, en la sección de Varios, con el número 130, se conserva un folleto titulado. «*Prologo de la Canción Histórica, Primer ensayo poético de don Juan Bautista de Torres y Torres*, en donde se dan algunas noticias de la guerra de Murcia, en cuya capital se volvieron a repetir las escenas de Córdoba, por la intervención de Echavarri.

El día 9 estuvo toda la ciudad impaciente esperando el regreso de los correos enviados, que no llegaron; el Ayuntamiento se reunió sin llegar a celebrar Cabildo por falta de noticias; A la tarde se recibió un oficio del de Sevilla que aumentó la agitación del pueblo, pues invitaba a Córdoba a prepararse, como ella lo estaba, para defender al Rey y a la Patria. El día 10 llegaron los correos esperados que no calmaron la inquietud reinante. El capitán general de Cadiz, contestó a la consulta que se le hizo, remitiendo el siguiente bando que había publicado en aquella ciudad para que en esta se reprodujese. Dice así:

«Don Manuel de la Peña Ruiz de Sotillo Rodríguez de Arellano Fernandez de Estenoz, Caballero profeso de la Orden de Calatrava, Comandante del Segundo Batallón del regimiento de Reales Guardias de Infantería Española, Teniente General de los Reales Ejércitos, Capitán General Interino del Ejército y Provincia de Andalucía, Gefe de las Juntas de Sanidad de ella, Presidente de la Real Audiencia de Sevilla, Gobernador Militar y Político de esta Plaza, Intendente Subdelegado interino de Rentas Reales de esta Provincia, etc., etc., etc.

»Hago saber a todos los habitantes de esta ciudad de Cadiz que el Señor don Gonzalo O. Farril, Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, me dice con fecha de 3 de este mes lo siguiente: Un incidente provocado por un corto número de personas inobedientes a las leyes, ha causado ayer un alboroto en esta Corte, cuyas resultas podían haber sido funestísimas para todo el honrado y distinguido vecindario de esta Villa si la prudencia y patriotismo de los Consejos, Alcaldes de Corte y demás Jueces dirigidos por las providencias de la Suprema Junta de Gobierno no hubieran logrado contenerlas, dejando restablecida la tranquilidad antes que anochebiese.

»Que este triste ejemplo sea el último de esta especie que los pueblos experimenten; que los encargados de velar sobre su tranquilidad y buen orden, penetrados de esta común necesidad activen sus providencias y se ocupen incesantemente en dirigirlos a tan importante objeto son los deseos de la Junta, y en su consecuencia previene S. A. el señor Infante don Antonio, con acuerdo de la misma, que al recibo de este pliego se junte la Real Audiencia sin pérdida de un solo instante, cuanto conspire a que sea inalterable la buena armonía con las tropas francesas, y a liberar al pueblo bajo, de los errores o celo mal dirigidos, capaces uno y otro de acarrearles desgracias y de envolver en su ruina la parte mas inocente del vecindario.

»Quiere igualmente la Junta de Gobierno que V. E. instruya a los R. R. Obispos a la Nobleza toda y las justicias de sus áystritos de las disposiciones que haya dado sobre tan esencial asunto, convidándolos a que

» contribuyan eficazmente a su logro por todos los medios de autoridad,
» de consejo y de su influjo que les preste su Ministerio.

» Recomiendo a V. E. que en los pueblos por donde transiten las tropas
» francesas, se siga como hasta aquí franqueándoles generosamente cuan-
» tos auxilios necesiten, y que las Juntas tomen bajo su especial proteccion
» a cualquiera individuo de dicha nacion, que se halle, insultado o atrope-
» llado, administrándole pronta y severa justicia. Por último y para que
» V. E. pueda en un todo seguir la pauta que ha adoptado para su con-
» ducta la Junta de Gobierno, infunda V. E. en todos los habitantes del
» distrito de su mando la esperanza de que nuestro Soberano no conoce ni
» forma voto, mas vivo y sincero que toda la Nación, la integridad de su
» territorio, los privilegios de sus provincias, la conservación de clases y
» el respeto inviolable de las propiedades.

» Lo que traslado y noticio a este noble y leal vecindario, para que ha-
» ciéndose público, descansen todos en las seguridades que nos da nuestro
» digno Soberano y la Junta de Gobierno, de procurar y de conseguir la
» felicidad de la Nación y la tranquilidad y sosiego de sus amados vasallos,
» despreciando con constancia y loable resignación cuantas noticias inven-
» tare la malicia o la ignorancia. Cadiz 7 de Mayo de 1808 »

Al propio tiempo se recibió la noticia de la marcha a Bayona del Infante D. Antonio, Presidente de la Junta de Gobierno que habia creado el Rey a su salida de la Corte. Reunido el Ayuntamiento en sesión general extraordinaria, a la que concurrieron además de los que componían la Corporación, el Comandante de armas Echavarri, D. Lorenzo de Dueñas, Alcalde Mayor primero, el Marqués de la Puebla de los Infantes, Alférez Mayor de la Ciudad y D. José Omurían, Alcalde Mayor segundo; acordaron en cumplimiento de lo mandado por el Capitan General de Cádiz dar por terminado el movimiento producido por la carta del Alcalde de Móstoles y crear una Junta de Tranquilidad, que calmase los animos, al mismo tiempo que publicar un bando en que diese a conocer al pueblo lo acordado. Al tratar de las difíciles circunstancias porque atravesaba la patria, emitiéronse elevados conceptos en el Cabildo, que están consignados en el acta en la forma siguiente:

« Se meditó seria y altamente sobre la materia, formando un combate
» admirable en los ánimos de todos los concurrentes, así el extremo de
» lealtad, amor a su Soberano y a la causa pública, de que están revesti-
» dos, con el fervor más esquisito y con la satisfacción mas singular, al ver
» relucir estos mismos dotes en la masa común de los habitantes de esta
» Ciudad y de toda la Andalucia, como la consideración de todas las cir-
» cunstancias, la necesidad y obligación de inclinarse a la quietud y tran-
» quilidad, la observación del modelo y pauta que en sus órdenes prescri-
» be la Junta de Gobierno, y la previsión de una obediencia ciega a las

»potestades legítimas, de que siempre ha hecho caudal y en que siempre
»se ha distinguido el pueblo Español; se consideró también la fortuna y
»suerte de esta Ciudad que apesar de su Rey y por su única sujección a
»su gobierno, en virtud de los oficios y de los Consejos dados y provi-
»dencias tomadas en general, conforme a las ideas del acuerdo del día
»8, se hallaba en tranquilidad y muy distante del caso de la ciudad de Se-
»villa, de que esta hace mérito en su oficio y testimonio del acuerdo, y
»por último, teniendo presente que de cualquier aspecto que se miren las
»ocurrencias, son todas de la mayor entidad, y que exigen exquisita cir-
»cumpección y son susceptibles de vicisitudes cuya presencia e incidencia,
»pida todos los días, y a cada paso una pronta pero juiciosa resolución, en
»que se interesará la universalidad de toda la Ciudad y provincia; se tuvo
»por oportuno y acordó en conclusión crear una Junta con el nombre de
»la Tranquilidad, compuesta de las representaciones correspondientes, y
»que sean miembros de ella los señores que ejercen las jurisdicciones de
»esta Ciudad.»

En virtud del anterior acuerdo se nombraron para formar dicha Junta a los marqueses de la Puebla y de Lendinez; al Veinticuatro D. Lorenzo Basabru; al Jurado D. Rafael Medina y al Diputado y al Sindicato Personero del Comun; y por el cabildo Catedral, al Doctoral D. Diego Millan Lopez y al Canónigo D. José Garrido y Portillo; por la Nobleza, al marqués de Benamejí y al de Villaseca, a quien sustituiría, si el estado de su salud así lo reclamaba, D. Gonzalo Aguayo y Manrique; por el Comercio, a Don Juan Raymundo Ochayta, que declinó este cargo sin que el Ayuntamiento le aceptara la renuncia, ordenándole que recurriera a su gremio; por la Agricultura, al Hermano Mayor de la Hermandad de labradores D. Sebastian de León; a un representante del Obispo, y por ultimo, se nombró secretario al Escribano del Ayuntamiento, D. Mariano Barroso. De la formación de esta Junta se dió conocimiento al Ayuntamiento de Sevilla y a los de Granada y Jaén.

Renunciada por Fernando VII en Bayona la corona a favor de su padre Carlos IV se dió de ello cuenta al Municipio el 14 de Mayo, así como del nombramiento de Lugarteniente General del Reino en favor de Murat. Si despertó extraordinario movimiento en la capital el nuevo estado de cosas que creaba la renuncia de Fernando, en cambio fueron muy pocos de palabras los del Concejo, no sólo en el cumplimiento, sin discusión, de la orden, sino hasta en el empleo del papel sellado, pues colocaron debajo del letrero que decía VALGA POR EL REINADO DE S. M. EL SEÑOR D. FERNANDO VII este otro VALGA POR EL GOBIERNO DEL LUGAR-TENIENTE GENERAL DEL REINO: mas tarde, quizás al volver a España Fernando VII, se tachó con una raya este ultimo letrero. Con tal motivo apareció puesto en el edificio del Correo el 20 de Mayo el siguiente pasquín:

«Cordobeses (1) Si amais a la patria y os jactáis de ser buenos ciudadanos, debéis defender aquellos derechos que hos ha dado la naturaleza, y habéis contraído por el pacto social. Si tenéis a la vista la próxima desolación de vuestras familias; la usurpación de las propiedades, la inseguridad de vuestras personas, y la violencia hecha a nuestro Rey por el mas pérfido tirano, debéis no desentenderos del cumplimiento de vuestras mas sagradas obligaciones. Y ¿cómo podréis garantir todos vuestros derechos?

»¿Teniendo a vuestra cabeza un príncipe, que sea capaz de conservar la suma de los derechos que en el han depositado todos los ciudadanos?

»¿Y quien será este príncipe? ¿Será acaso el usurpador de la Francia y el tirano de la Europa? De ningún modo: solo podria asegurar nuestras dichas un príncipe exento de esa ambición y que ama a sus pueblos por lo mucho que todos le aman, Cordobeses, nuestro verdadero REY es el infeliz Fernando VII, aquel que tanto amais y que habeis visto subir al trono con la mayor alegría, se halla en el dia sumergido en la tristeza, oprimido por el tirano de la Europa, y llorando la suerte que amenazará a sus vasallos. Deponed vuestra esperanza, y estad prontos a derramar la sangre por un Rey, de quien pende nuestra conservación. La de la Patria y la de la Santa religión. Obedeced a todos sus Magistrados, pero declarad contra aquellos que son enemigos de la Patria por el temor de perder sus empleos, Rogad a Dios por todas las necesidades actuales y haced que en Córdoba renazca el espíritu y valor de nuestros gloriosos ascendientes».

La convocatoria de las Cortes de Bayona se vió en el Cabildo del 22 de Mayo. A altura extraordinaria de civismo estuvo el Ayuntamiento cordobés al recibir dicha notificacion, Pidió que le informaran sus letrados, los que concurrieron a este Cabildo y dijeron que era contraria la convocatoria a las leyes del Reino, que la Ciudad y sus individuos habian jurado guardar; extrañándose que en el documento no se mencionara a S. M. lo mas mínimo y que se intentaran reunir Cortes para tratar de asuntos referentes a España sin estar en ella su Monarca, y que este reuniera Cortes en el extranjero. Se consultó inmediatamente al Consejo de Castilla y se enviaron postas a Granada, Sevilla y Jaen comunicándoles esta determinación y rogándoles expusieran su modo de pensar. No hay ningún acuerdo capitular referente a nombramientos de Diputados para Bayona, pero por un documento indubitable que perteneció al general Castaños (2) consta que hubo diputados electos, los cuales no concurrieron al Congreso por haber anulados sus poderes el Presidente de la Junta de Sevilla, que se arrogó el caracter de Suprema.

(1) Biblioteca Episcopal de Córdoba.—Papeles sueltos.

(2) Revista crítica de Historia y Literatura —Madrid.—Documentos inéditos que pertenecieron al general Castaños.

Pero aún no estaba calmada la indignación y el asombro de los cordobeses, que llegó a su máximo grado el 23 por la mañana, al traer un correo los pliegos oficiales con la renuncia de la Corona hecha por Carlos IV en favor de Napoleón. El Ayuntamiento reunido en Cabildo general extraordinario; acordó, que siendo el asunto tan extraño se requería que le informaran sus Letrados. antes de tomar ninguna resolución. Eran letrados del Municipio D. Domingo de Castillejo y D. Rafael Serrano. Lástima que no conservemos sus informes, si llegaron a emitirlos a pesar de los sucesos que narramos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

Llegada de un oficial del ejercito enviado por la ciudad de Sevilla.—Solemne proclamacion de Fernando VII.—Creación de la junta de gobierno de Córdoba.—Armamento en masa del pueblo.—Formación del ejercito de vanguardia de Andalucía —Toma de posiciones en el Puente de Alcolea y en el Guadalquivir para la batalla.

Nadie había pensado en resistir a los invasores, como lo prueba el oficio que dirigió el Ayuntamiento al Cabildo Catedral, el 26 de Mayo, comunicando la próxima llegada de dos divisiones francesas, *aunque sólo de paso*, pidiéndole que le ayudara a tranquilizar al pueblo y a preparar un buen trato a las tropas expedicionarias. Así lo hicieron nombrando para ello al Dean don Felipe Ventura Gomez.

En el mismo criterio se inspiraron el día 28, los Inquisidores don Juan Vargas y don Ramón Pineda de Arellano, al reproducir la proclama del Santo Oficio de Madrid condenando los hechos del 2 de Mayo en la Corte y tratando de calmar al pueblo (1), cuando a la una de la tarde del día 28 llegó en la posta de Sevilla el oficial del regimiento de España, don Ramón Gavilanes, dando vivas a Fernando VII y ondeando un pañuelo blanco en la mano. Corrió la voz de su llegada con la velocidad del rayo por toda la ciudad, y aunque era hora de general reposo por las costumbres de la época (2), salían las gentes de sus casas llenas de júbilo y deseosas de saber la noticia que el viajero traía. Dirigióse a casa del Corregidor y, apenas hubo llegado, le rodeó un inmenso público que creía era el mismo rey Fernando, que venía huyendo (3). El Corregidor habló al pueblo desde el balcón (sin abrir los pliegos cerrados que traía Gavilanes que solo podían abrirse en Cabildo) diciéndoles. «No es Fernando VII, es un señor oficial de Sevilla, portador de un mensaje, en que se invita a Córdoba y a su Reino a unirse con aquella ciudad en defensa del Rey y de la Patria.»

Inmediatamente el concurso se disolvió, acudiendo a las Casas Capitulares donde a las dos de la tarde se reunieron las Autoridades civiles, eclesiásticas y militares y se dió lectura a los pliegos de Sevilla entregados por Gavilanes, en que se comunicaba la formación de la Junta del Reino,

(1) Gomez Imaz Los periodicos durante la guerra de la Independencia.

(2) Nos atenemos en la historia de este suceso, que a veces copiamos literalmente, al folleto titulado «Relación de los sucedido en Córdoba, desde el 28 de Mayo al 17 de Junio (SIN L. I. Nt. A.) y al Manifiesto publicado por la Junta de Gobierno de Córdoba el 25 de Junio haciendo su historia.

(3) Carta del 3 de Julio de 1808 de Javier Ruiz de Mendoza a un primo suyo, llamado José, residente en Aranjuez.—Biblioteca Episcopal.

y se invitaba a Córdoba para unirse a ella en defensa del Rey y de la Patria.

Un gentio inmenso respondió a las aclamaciones que partían desde los balcones del Ayuntamiento. El Corregidor invitó a la muchedumbre a ponerse escarapelas, arrojando pedazos de cinta encarnada, que se colocaban en los sombreros: después, hasta los eclesiásticos adornaron sus sombreros de teja con escarapelas grana. A las cinco de la tarde se celebró una Junta abierta, en la que se discutió lo que había de contestarse a Sevilla.

Hubo varios pareceres; unos considerando que se carecía de todos los medios de defensa, opinaron que se respondiera que Córdoba nada podía hacer para resistir a los franceses, como no fuera enviar gente a Sevilla, y si los enemigos llegaban allí, hostilizar por la espalda a los invasores, aprovechando el tiempo para organizar una buena defensa, con cuyas ideas estuvo conforme el Canónigo don Diego Millan Lopez de Gordoá, aunque después figura entre los afrancesados: otros opinaron que debían defenderse, contando con el ofrecimiento que hizo Sevilla de socorrer a la Junta que se formara, con toda clase de pertrechos de guerra, cuyo parecer robusteció con su dictamen el coronel don Pedro Agustín de Echavarrí, hombre de valor y arrojo. Por unanimidad acordaron secundar el plan propuesto por Sevilla, armando a la capital y levantando el Real pendón por Fernando VII, acto que se verificó enseguida, colocándolo en el balcón principal del Ayuntamiento con una guardia de honor y restableciéndose la tranquilidad del pueblo que veía llegado el momento de ensanchar sus corazones y sacudir el yugo que les oprimía.

Aunados los diferentes pareceres de la Asamblea, quedó constituida para la ciudad y su reino una Junta de Gobierno dependiente de la de Sevilla, con sujeción a las instrucciones recibidas de la misma. Formáronla el Comandante Echavarrí, el Corregidor don A. Guaxardo y Fajardo, los Marqueses de la Puebla de los Infantes y de Lendinez por el Ayuntamiento, el marqués de Benamejí por la Nobleza, y por el pueblo, un diputado del Común de vecinos que fué don Alonso Tauste y el Síndico don An-
Antonio Bartolomé Tassara.

Allí mismo el oficial don Ramón Gavilanes nombró general del ejército que se había de levantar, al Coronel Echavarrí (1) quien ciñó la faja de

(1) Acerca de este nombramiento se encuentran los siguientes detalles en la obra del general Gomes Arteché, *Historia de la Guerra de la Independencia*. «La junta de Sevilla, creyó deber comisionar para que dirigiese así los servicios políticos y administrativos, como los militares, al entonces coronel, don Francisco Javier Venegas, que abandonando el retiro que le habían forzado sus graves heridas, ofrecía de nuevo sus servicios para vengar el ultraje inferido a nuestro Soberano y a la Nación entera. Persona de grandes antecedentes en la carrera de las armas, acreditado gloriosa-

Mariscal de Campo, y aunque después quiso dar el mando a don Francisco Venegas de Saavedra, éste no lo admitió y Echavarri continuó en su cargo.

Aquella misma noche publicóse un bando para que a la mañana siguiente se presentasen en el Ayuntamiento los voluntarios de 15 a 18 años, y un día después se dió a conocer otro muy interesante que dice así:

«Don Pedro Agustín de Echavarri y Hurtado de Mendoza, caballero
»Profeso de Justicia en la orden Militar de Calatrava, General de la Vanguardia del Ejército de Andalucía.

»Hago saber a todas las personas a quien se dirige mi voz de esta benéfica proclama, que conciliando con el servicio de ambas Majestades y de la Patria que debe sostenerlas; la humanidad y felicidad de mis amados compatriotas, aún los desgraciados expatriados por alguna contingente desgracia, que para la más unánime defensa del Reino y gloria de sus naturales, todos los sargentos, cabos, y soldados, del ejército, incluso los cuerpos de Milicias que se hallan separados de ellos, sin licencia o con ella, se me presenten, los que se hallasen en esta capital, en el término de tres días, contados desde la fecha, los ausentes, con todo su armamento según hayan hecho la separación, que desde luego quedarán indultados, sin nota alguna en su hoja de servicios.

»Igualmente concedo séguro e indulto a todos los defraudadores y desgraciados fugitivos que lo están por otros cualquiera débitos, estando dentro de los dichos respectivos términos de cuatro horas y tres días, con celo de defender la patria y su sagrada Constitución, para restituir al excelso trono a nuestro augusto Soberano el jóven Fernando.

»Y para que llegue a noticias de todos se manda publicar el presente en Córdoba a 29 de Mayo de 1808.»

Se celebraron misiones y se predicó en los templos, invitando al pueblo a tomar las armas: hubo rogativas todos los días despues de las horas completas, omitiéndose el toque de campanas para no afligir al pueblo;

»mente en la guerra de la Republica, era a la vez que enérgico, cortes, y conciliador aun con sus mismos subordinados. Asi que aun revestido con amplias facultades para dirigir la Junta de Córdoba y tomar el mando de las armas en toda la provincia, dejó el de los cuerpos que se organizaban a Echavarri, comprendiendo que no era justo arrebatárselo a quien tanto y tan justos títulos había adquirido a la estimación de los cordobeses.

»No podían calcularse por los deberes de la disciplina, los que imponían momentos tan críticos y condiciones tan extraordinarias, como las que suponen el estado de la Península en aquellos días: y la resolución de Venegas fué por lo mismo considerada como la mas prudente, vistas las circunstancias del momento y el prestigio de Echavarri, cuando ya iba este dirigiendo a la sierra algunos escopeteros y tiradores que molestasen a los franceses en su tránsito a la provincia, y se preparaban a disputarles la entrada en la capital.

acudieron al llamamiento unos cuatro mil hombres; mas como no era éste el número que hacía falta, se ordenó que todos los que estuviesen útiles, se presentasen sin excepción de edad, ni de privilegios algunos, y se despacharon postas, para que se pusieran en pié de guerra todos los pueblos de la provincia y algunos limítrofes. A casi todos movió este requerimiento: Montoro envió más de 1400 hombres, de todas las clases sociales, armados y alistados con el mayor entusiasmo y mas de 300 caballos con fondos para su manutención. La Carlota contribuyó con 191 jinetes, todos voluntarios, bien equipados y municionados, al mando del teniente retirado D. Cayetano Vazquez (1); de Cabra (2) llegaron 500 hombres y algunos caballos, en Ecija con febril entusiasmo se formó en sólo dos dias un batallon de 800 plazas, armado y abastecido de todo lo necesario, enorgulleciéndose este pueblo de que fuese su batallón (3) el primero que entrara en la capital para defenderla. La misma población despachó postas a Granada, Linares y otros pueblos para recoger la pólvora y armas que en ellos hubiese. Otros lugares tambien enviaron los contingentes que su patriotismo les permitió reunir dentro del breve plazo señalado.

Córdoba quedó convertida en una plaza de armas; el tiempo era apremiante por la proximidad de los franceses, no había forma de aprestar todo lo necesario para la defensa de la ciudad que carecia no sólo de material de guerra, sino de tropas disciplinadas que dirigiesen y auxiliasen a los paisanos que tomaban las armas. No perdía la esperanza de recibir de fuera los auxilios que necesitaba y esto unido a su propósito de defenderse a todo trance, hizo que no pensara, la mayoría, en la desigualdad de la lucha que iba a emprender con tan escasas fuerzas. Echavarri, publicó otro bando en el que mandaba que todos los vecinos presentasen las armas que tuviesen; las escopetas de caza, no todas en buen uso, y las preciosas dagas y espadas antiguas, así como las pistolas y sillas de montar de los Títulos y de los Hidalgos y Nobles, fueron entregadas al punto y sin reserva alguna en las Casas Cosistoriales. Fuera de éstas, eran las armas hasta instrumentos agrícolas, palos con pinchos de hierro, o sin ellos, puñales y navajas; las garrochas, las ahijadas y las varas toscas de castaño a la que se adaptaba una punta, fueron las lanzas de la caballería. Se recogieron caballos, mulos y carruajes y tambien cuantiosos donativos; todo, hasta los bienes y alhajas de las iglesias, se puso a disposición de la Junta y del general, haciendo acopio de víveres y de cuantos pertrechos eran necesarios para el ejército.

(1) A. H. N. Estado. Leg 63. DOCUMENTO N.º 1.

(2) A. H. N. Leg 66—datos números 205 y 262.

(3) Este batallón continuó despues en el ejército combatiendo durante toda la campaña. Ecija pertenecía entonces al reino de Córdoba.

Desde el día 1.º de Junio empezó el alistamiento; llegaban los alistados de los pueblos unos con armas y otros sin ellas, y comenzóse a organizarlos y a instruirlos. Al mismo tiempo por orden de la Junta de Sevilla, llegaron procedentes de Ronda la totalidad o parte de los regimientos de Barbastro, Campo Mayor, María Luisa y caballería del Príncipe, y un destacamento de suizos, elevándose las tropas de línea a 3.000 (1) hombres. Con los paisanos se formaron hasta 90 batallones (2). Se escogieron para cabos y sargentos a los más dispuestos y a los que ya habían servido; a los oficiales retirados, se les encomendó la caballería, compuesta de unos 3.000 jinetes.

Al mismo tiempo que la Junta de Sevilla confería el mando de las tropas a don Francisco Venegas, que como hemos dicho no aceptó el cargo, salía para Córdoba el coronel, Conde de Valdecañas, encargado de la reunión de un cuerpo de voluntarios que debería mandar y conducir inmediatamente al encuentro del enemigo (3). «Y tan diligente anduvo el Conde que a los pocos días había reunido en Lucena 5,000 hombres de los pueblos inmediatos, y 400 caballos que se apresuraron a entregar los particulares.

El señor Gomez Imaz en su interesante folleto *Los garrochistas de Bailen*, hace una pintoresca descripción de esta caballería, que no podemos resistir al deseo de copiarla por tratarse de los mismos que figuraron en la batalla de Alcolea. «Eran los caballos de hermosa estampa, larga cola y rizadas crines, y si sus nervios y músculos denotaban la agilidad y la fuerza en los miembros, la descarnada cabeza en que brillaban ojos de fuego dejaban ver la alegría retozona, la inquieta fiereza, y la notabilísima condición de su prosapia árabe aclimatada en las plácidas vegas de Andalucía; eran jaeces de puro gusto andaluz, la silla alta de arzon con labores arabescas de seda, estribos vaqueros, cabezadas de ancho correaje, con elegantes mosqueteros de madroños, que al cabecear del caballo movíanse muy airosamente; del arzon delantero pendía la manta de vivos colores, que parecía salida de los telares de Jerez o de Ubrique y en la grupa asentada anchas alforjas que sustituían holgadamente las mochilas.

»El vestido de los garrochistas de Bailen era el sombrero de los llama-

(1) Con este número está conforme el autor anónimo de la *Relación* ya citada, al que debemos de dar crédito suponiendo que mientras mas numerosas fueran las tropas de línea, menor gloria correspondía a Córdoba. Sin embargo, Gomez Arteché, le reduce a 1,400 y Foy en su *Histoire de la Guerre de la Peninsule sous Napoleon*, dice que Echavarri tenia bajo su mando de 3 a 4.000 hombres de tropas de línea.

(2) Aunque este ejército fué sin duda bastante considerable, no podemos precisar el número de soldados de que constaba, pues mientras unos documentos lo hacen subir a 20.000 otros a 30.000, y algunos a la enorme de 40.000, creemos que ninguna, de las dos cifras es exacta, aproximándose más a la verdad la primera.

(3) Gomez Arteché ob. cit.

» dos franciscanos de anchas alas, rodeado de cordon o cinta, prendido de
» gruesa moña, la chupa de estezado con hombreras y caireles, chaleco
» medio abierto de cuello en pié, dejando ver la camisa, con pañuelo de
» color anudado, faja calzones ajustados hasta debajo de la rodillas, con
» anchas faja al lado y botones de muletillas en que veíase el busto del Rey
» con la leyenda «Viva Fernando VII», botin abierto y bajo que dejaba ver
» entre éste y el ajuste del calzón la media azul o blanca, y pañuelo de
» color rojo en la cabeza atado a la nuca, cuyos picos caían debajo del som-
»brero, sobre la espalda, dejando ver la larga coleta en redecilla de estam-
»bre; las armas cuchillo de monte en la faja y larga garrocha trocada la
» puya en muchas de ellas por hojas de lanza.»

Además de la fuerza de caballería, la Junta de Sevilla mandó cuatro ca-
ñones, un obús y cerca de 3,000 fusiles y municiones (1) de todas clases
siendo tal el entusiasmo que causó la venida de este armamento que salió
el pueblo a recibirlo, sin que disminuyera su alegría al ver que no llega-
ban las espadas y sables que se esperaban para los escuadrones (2).

Las calles de la ciudad estaban rebosando de forasteros y por todas par-
tes no se oía mas que el estrépito de los tambores, el sonido de los clarines
y trompetas, el relinchar de los fogosos caballos. Sólo en el termino
de ocho dias se llegó a este resultado merced a la actividad de la Junta,
de los empleados públicos, del vecindario de Córdoba, distinguiéndose la
Nobleza, que se desprendió de todo cuanto tenía en sus casas y haciendas
que pudiera servir para equipar al ejército, entre cuyos miembros podemos
citar a la condesa de la Jarosa, al marqués de Benamejí, a la marquesa
Viuda de Santa Marta, a Doña Josefa Bernuy y a la Sra. de Manrique
(3) etc. en general, al esfuerzo de la provincia y principalmente de los
pueblos vecinos y al general Echavarri, cuyo enérgico temperamento no
sentía desmayos. El ejército veterano y el improvisado, fundido en una
misma inquebrantable decisión estaban resueltos a defender el puente de
Alcolea, donde se iba a establecer el campamento para cubrir la ciudad
de Córdoba, y, bajo la impresión de una alarma, dice Gomez Arteché, a

(1) Gómez Arteché, dice que ocho, piezas de a cuatro y de a ocho; la *Relacion*, que s o-
lo cuatro y un obús: Gómez Imaz siguiendo al vocal de la Junta de Sevilla, D. José Che-
ca, que «un tren de artilleria de violentos y obuses bien pertrechados al mando del
» coronel don Cayetano Iriarte.»

(2) A. H. N. Leg. H. doto. n.º 405. En una Memoria sobre la entrada de los fran-
ceses en Andalucía, escrita por un fraile de Andújar, se lee lo siguiente: «Tambien
» quiero añadir para desagravio de mi apreciable Córdoba, que vinieron muy pocos ca-
» ñones, despues de mil rodeos y no llegaron hasta que los de Montoro fueron por ellos
» que sólo llegaron 3.000 fasiles y que en algunos carros trajeron serrin, como entre
» otros me lo dijo el mismo Sr. Echavarri, cosas que no deben callarse en honor de la
» verdad; no inteto delatar a nadie, ni censurar porque no vinieron las tropas de linea
» que se necesitaba».

A (3) A. H. N. Leg. 52 G. 305.

quien copiaremos literalmente en la disposición de las tropas para la batalla, «que noticias no verídicas causaron, la tarde del 5 en Córdoba, salió aquel ejército irregular e informe para Alcolea, dictándose el 6 las disposiciones que mas conducentes se creyeron para repeler al enemigo. Situáronse en una mal llamada cabeza de puente, cuyo parapeto no hubo tiempo de levantar a la altura necesaria, 50 hombres de Campo Mayor a las órdenes de un capitán D. Rafael Lassala. Los dos batallones de granaderos provinciales formado en la orilla derecha y a la izquierda del puente, descubriendo todo el terreno de la opuesta y el resto de Campo Mayor cubrió la misma margen del río; pero en la derecha del puente. Todas estas fuerzas con dos piezas de a cuatro y un número considerable de tiradores apostados en las casas próximas y en los accidentes de la orilla, componían la total para defender el paso del Guadalquivir en la inmediación de Alcolea. Otras dos piezas de calibre igual y varios batallones de paisanos ocuparon la línea de alturas que dominan el puente en posición ventajosa, descubriendo completamente al enemigo en su marcha y observando el curso todo de los paisanos, así de infantería como de caballería, y las cuatro piezas de a ocho se situaron en la cuesta de la Lancha; esto es sobre el lomo que la causa y en punto en que los fuegos de la artillería fuesen aun eficaces contra los enemigos de la orilla opuesta del Guadalquivir, agua abajo del puente de Alcolea.

»Por fin ya para observar de cerca a los franceses e impedirles correrse hacia el puente de Córdoba, bien con la resolución de cargarlos por esta misma ala cuando se hallasen comprometidos en el ataque del puente, el conde de Valdecañas con los paisanos que había reclutado en Lucena, unos 200 suizos de los del regimiento de Reding núm. 1, que se encontraban destacados en la provincia, y 100 caballos del de la Reina y de las Remontas que se unieron a los jinetes voluntarios que él mandaba, cruzaron el Guadalquivir para situarse en la cuesta de la Morena, sobre el camino de Córdoba a Bujalance.

»Tal era la disposición de nuestros ejércitos, excelentes con otras tropas que las cordobesas arrancadas hacia cuatro días al azada o al arado. Mandaba las veteranas encargadas de la defensa inmediata del puente el coronel de la división, La Chica, cuyo segundo teniente coronel lo era don Pedro Agustín Giron, más tarde marqués de las Amarillas, hacía de general en jefe el ya citado Echavarri, a quien la Junta no había confirmado en el empleo concedido por la de Córdoba; y con un carácter medio militar y no del todo político, el brigadier Venegas recorría la línea animando a los combatientes y dirigiéndolos alguna vez al fuego. Mas activo de carácter, mas independiente o llevado de instintos mas guerrilleros, el conde de Valdecañas, para evitar la renovación de contestaciones respecto a la autoridad en circunstancias tan solemnes, prefirió el mando

»del ala izquierda en la que gozaría de una libertad imposible en la línea
»de batalla. Está que casi pudiera llamarse pluralidad de mandos, era uno
»de los grandes inconvenientes que ofrecía la falta de unidad en el Gobier-
»no; falta inevitable en una sublevación popular y simultánea de todas
»las provincias. Afortunadamente en Córdoba el patriotismo de todos su-
»plió a la disciplina, muy difícil de mantener cuando varios tenían que
»obedecer a quien no podía comparárseles ni en servicios, ni en posición
»militar y social».



CAPITULO III

Marcha de Dupont a Córdoba y obstáculos en su camino.—Relato del general Gomez Arteche.—Disposiciones de Dupont para el ataque de Alcolea.—Principia el combate.—Retroceden los españoles del Puente.—Acción de los de Valdecañas en la izquierda del Guadalquivir.—Consejo de guerra y retirada de los Españoles.—Distintas opiniones sobre el número de bajas en la batalla.—Importancia y consecuencias de la batalla.

La Junta de Sevilla se propuso formar una serie de líneas de defensa para impedir que el enemigo llegara a su capital, siendo la primera la de Despeñaperros, que no tuvo tiempo de organizar. Echavarri, destacó en este lugar al primer guerrillero de que habla la historia de esta guerra, llamado Tolico Josef, que llegó a alcanzar el grado de capitán durante la lucha con el invasor.

Dupont, uno de los generales de más brillante porvenir en el Imperio, fué el designado para ocupar la región andaluza tomando el mando del ejército que había recibido el nombre de Cuerpo de observación de la Girona. Se encontraba en Bailen sin haber hallado contrariedades apenas en su camino cuando recibió la siguiente carta del duque de Berg; «General. Mi hermano me dice que os ha elegido para marchar a Andalucía a cumplir mis decretos. Adelante General, marchad dando honor al nombre francés y no halle el enemigo común asilo en todo el Mediterráneo. No dudo lo consigáis. Por el logro de la empresa seréis premiado en España con heredades titulares. Escogereis a vuestro arbitrio; generales y soldados tendrán recompensas proporcionales. Siempre os he tenido en el mayor concepto y consideración que os han hecho digno del alto aprecio de nuestro Emperador Napoleon.»

En la misma Relación de donde copiamos esta infantil carta (1), inventada por los contemporáneos, se pinta el orgullo que sintió el general francés con su lectura que hizo copiar, según decían, para que todos admirasen su buena suerte, en los libros de órdenes de los diferentes Cuerpos. Mas esta satisfacción se trocó en cólera repentina al recibir la inesperada nueva del armamento de Córdoba, que consideró como una grave ofensa que vengar, para lo cual puso en movimiento todas sus fuerzas, aparentando pacíficas intenciones: sin embargo, empezó a comprender lo falso que era el terreno que pisaba, la animosidad franca o encubierta con que le

(1) Memoria de lo acaecido en el ejército del general Dupont, desde su entrada en Córdoba en el día 7 de Junio del año de 1808, hasta su rendición de resultas de la Victoria de Bailen el 19 de Julio del mismo. Por un militar que se halló en el mismo ejército y fué testigo de todo, Sevilla, Viuda de Vazquez año de 1809 en 4.º—51 página. Biblioteca Nacional,

recibían y la insuficiencia de las medidas tomadas para dominar Andalucía, de lo que dió cuenta a Murat, acelerando su marcha hasta llegar a Andújar el 2 de Junio, al Carpio el 5 y a las inmediaciones de Córdoba el 7, en que tuvo lugar la batalla de Alcolea, cuya descripción dejamos a la brillante pluma del general Gómez Arteche, aun a trueque de que resulte larga la cita y la mayor parte del capítulo falta de originalidad; pero creemos que nada nuevo se puede añadir al estudio de la batalla, que hizo el citado general español.

«El general Dupont salió del Carpio a las once de la noche del 6, con lo que a punto de amanecer del 7 pudo presentarse frente a frente de los españoles que habían acampado en sus posiciones. Iban de vanguardia los dos batallones de la guardia de París, precedidos de una nube de tiradores, de algunos cazadores a caballo y de una compañía de marinos de la guardia mandada por el capitán Baste, narrador quizás el más desahogado de los sucesos de aquel día. Seguían inmediatamente los dos batallones de la 3.^a legión de reserva que, con los anteriores, componían la brigada de Pannetier, a cuyo frente se puso el general Barbou, jefe de la división.

«En segunda línea aparece la brigada Chabert, llevando delante la artillería del ejército, y el general Fressia con las dos brigadas de caballería sostenidas por la suiza de Rouger, y el resto de los marinos fué destacado sobre la izquierda para contener a los de Valdecañas que amenazaban aquel flanco. El que a la cabeza de 8.000 franceses había arrebatado a 20.000 prusianos la posesión del puente de Halle, se encontraba ahora con un número casi doble de combatientes, frente a otro de españoles igual al de los soldados de Federico, pero sin instrucción y sin armamento siquiera. ¿Que podría pues temer? Y sin embargo los preparativos del combate y la parsimonia desusada con que fué ejecutándose revelan una falta de resolución incomprensible en el general de Diernstein y de Friedland. ¿A tal punto debilita la responsabilidad y enerva el mando en jefe?

«Lucía uno de aquellos días que solo nuestras primaveras meridionales y el cielo esplendoroso de la Bética ofrecen a la admiración de los hombres. Brillaba la bóveda infinita, azul y limpia, sin una nube que turbara su terso y tranquilo espacio y el sol aun presagiando calor en horas más avanzadas, cubría la tierra de ese vapor matinal que debilita las sombras para dar a la naturaleza más dulzura y mayor armonía. El espectáculo de la tierra no era menos bello que el del firmamento. Presentábase al frente una vasta llanura por la que corre manso el Guadalquivir, parda serpiente que se desliza por la verde pradera tapizada de flores y esparciendo aroma tibio y suave; a derecha e izquierda se alzaban colinas, y cubiertas de olivos y laureles, coronadas a lo lejos, muy rara vez, de

»aquellas palmeras traídas del desierto por los hijos de Agar; y por fin,
»sobre el prado y las colinas y reflejándose en las aguas con el cielo y el
»sol, descollaban las crestas de Sierra Morena, sombrías como su nombre,
»salpicadas de encinas y de robles, de pinos y de abetos. ¡Qué contraste
»para los soldados de Dupont con las frías y nebulosas márgenes del Vístula que acababan de abandonar!

»Así, mientras descansaban para emprender el combate que había de
»franquearles la entrada en la ciudad de los Califas, abrían sus ojos a la
»admiración de aquel panorama encantador y sus pechos a la esperanza
»de los goces más embriagadores.

»A la aproximación de los franceses quedó la llanura despojada
»de las avanzadas de Echavarri, que repasaron el Guadalquivir para acogerse al cuerpo de batalla. Una ojeada bastó a Dupont para fijar su plan.
»La artillería obtuvo su emplazamiento en una de las colinas que se elevan sobre la carretera y desde la que descubría perfectamente las posiciones españolas, y los cazadores y los marinos de la vanguardia recibieron la orden de establecerse en la orilla del río y reconocer el puente y la obra que lo cubría. Pocos momentos después, el capitán Baste y los cazadores que se encontraban a su altura, rompían el movimiento y con él se daba principio al combate. La artillería francesa comenzó a disparar al mismo tiempo contra el puente y la aldea, arrojando a la vez una lluvia de proyectiles sobre los soldados de Campo Mayor y los Provinciales que se encontraban en primera línea, medio ocultos en los olivos, los setos, y los arbustos de la ribera. Contestaban nuestras piezas de a 4 con la celeridad posible y no sin resultado, pues que las avanzadas enemigas tardaron cerca de una hora en establecerse en la orilla opuesta del Guadalquivir. El capitán Baste logró sin embargo, deslizarse hasta el puente, y después de un ligero exámen, hizo saber a su general en jefe, que no existían en él cortaduras, ni minas, que pudieran impedir el paso.

»Con estas noticias Dupont dió la señal de ataque, y los dos batallones de la guardia de París, apoyados por el resto de la brigada de Pannetier que los seguían de cerca formada en batalla, se adelantaron a la carrera para escalar el atrincheramiento que cerraba el puente. Lasala permanecía en él sin disparar un tiro cubriéndose en lo posible del fuego de la artillería francesa, cuando a 20 pasos ya los guardias y sobre su flanco los marinos que habían remontado el escarpe del río para penetrar en el puente con sus camaradas, rompió el fuego, y con tal acierto lo ejecutaron sus soldados que hicieron morder el polvo a más de un centenar de sus enemigos. Detiéndose los guardias un momento como aterrados de tanta mortandad, pero vueltos a la voz de sus jefes de la sorpresa que les causa el fuego certero de los del puente, siguen la marcha para salvar la corta distancia que los separa de los españoles.

«Entonces empieza una lucha personal, desesperada, en que los franceses atropellándose en el foso y montando el parapeto unos en hombros de otros, aunque con muchas pérdidas y despues de seis u ocho minutos de no interrumpidos esfuerzos, lograron introducir en la obra 25 o 30 soldados y algunos oficiales. No por eso se arredraron los de Campo Mayor, sino que, por el contrario, reuniéndose a la entrada del puente se adelantan de nuevo hacia los invasores. Todos hubieran perecido, y asi lo confiesa Baste, que se encontraba entre ellos, sin los refuerzos que sin cesar iban penetrando en el reducto con una rapidez y en proporciones tales que se hizo imposible contrarrestarlos a los soldados de Lasala.

«Estos viéndose pocos, sin municiones, y azotados por el fuego de la 3.^a legion de reserva que asomaba por uno y otro lado emprendieron la retirada por el puente; pero muy despacio, siempre amenazadores, y siempre conteniendo a los franceses con las puntas de sus bayonetas (1). Entonces fué cuando empezó a hacer todo su efecto el fuego de la artillería española y de los batallones situados en la orilla derecha. Desde las ventanas de las casas, lo mismo que desde las colinas y accidentes todos del terreno inmediato, paisanos y soldados dirigian sus tiros al puente por donde los soldados franceses iban aunque trabajosamente deslizándose. Aun pasó cerca de media hora antes de que lograran éstos formar al otro lado una fuerza suficiente para emprender el ataque de la aldea, la cual momentos despues caía en su poder con muerte de cuantos paisanos encontraron en las casas. Los batallones formados en lo alto de las colinas que dominan el puente habian abandonado entre tanto sus posiciones y los granaderos provinciales y los soldados de Campo Mayor, perdidas las esperanzas de resistir a tantas tropas como los franceses iban reuniendo a su frente, ya casi mezclados con ellos, emprendieron la retirada, pero en el orden mas admirable, sin dejar en poder del enemigo ni un prisionero, ni uno solo de sus cañones, a pesar de haberlos tenido en fuego hasta los últimos y mas difíciles momentos.

(1) Decía Echavarri en su parte. «El paso del puente de Albolea fué gloriosamente sostenido, asi por nuestra artillería, como por el valeroso Lasala, que tenia a sus ordenes 100 hombres de voluntarios de Campo Mayor y por ganaderos provinciales (X) puedo asegurar a V. A. costó este paso al enemigo mas de 200 hombres, entre muertos y heridos». El capitán Baste, despues de confesar que las primeras descargas de los del reducto causaron en la columna de los asaltantes 120 bajas, añade. «Nos lanzamos a la bayoneta sobre los españoles que se mantenian firmes en la parte del puente: hubiéramos sucumbido inevitablemente sin el auxilio de otros 60 soldados, que nos seguian a dos minutos de intervalo, cuyo número aumentaba, demás, por segundos, y sin la ayuda de la 3.^a legion que, formada en batalla hacia fuego a derecha e izquierda».

(X) Esta probado que solo habia 50 hombres de Campo Mayor, D. Pedro Agustín Giron, muy interesado en la gloria de su regimiento no habla de tales provinciales.

«La furia francesa no pudo introducir el pánico, ni siquiera el más pequeño desorden en aquellos batallones que maniobrando como en un campo de instrucción, marcharon siempre en columnas hasta el llamado *Monton de la tierra*, al pié de la cuesta de la Lancha, donde formados en bataña, con la artillería en los claros, y con el continente más firme, ofrecieron de nuevo el combate a los franceses. Detuviéronse éstos, creyéndose sin duda impotentes para arrollar a los nuestros en su nueva línea, apoyada por las cuatro piezas de a ocho y los paisanos, así de infantería como de caballería, que continuaba en lo alto de la cuesta. Los españoles viendo a su vez que después de cruzar el Guadalquivir toda la división francesa principiaba a ganar las eminencias que se alzaban sobre su izquierda abandonadas momentos antes por los paisanos, creyeron deber mejorar su posición que iba muy pronto a quedar dominada y cogida de flanco, y subieron la cuesta para reconcentrarse más y no correr el peligro de perder la comunicación con Córdoba, su único punto de retirada en la situación cada instante más difícil, en que iban a verse comprometidos.

La circunspección de los franceses debía reconocer por causa alguna superior al respeto que pudieran infundirles las tropas españolas que defendían el puente.

El conde de Valdecañas en su marcha a Bujalance, había oído el fuego y dirigiéndose en consecuencia a maniobrar sobre la izquierda del ejército francés. Y como el general Fressia se encaminaba a su vez en rumbo opuesto, fuese para observar aquel flanco, o para amenazar y aun apoderarse del puente de Córdoba, no tardaron en avistarse los del conde y los dragones de Pryvé que iban a la cabeza de las brigadas de caballería. Tenían éstos que habérselas al mismo tiempo con muchos de los jinetes andaluces que formaban el ejército de Córdoba, quienes impulsados por su ardor y por el deseo de ayudar a los de Valdecañas, habían cruzado el Guadalquivir por el vado del Rincon, extrema derecha de la línea española formada sobre la cuesta de la Lancha. Su número, la confianza en la respetable fuerza que gobernaba el conde y la que debía inspirarles la seguridad de retirarse por el sitio mismo que les habían servido para cruzar el río, los animaron a atacar a los franceses apenas los creyeron comprometidos en el ataque del puente.

La caballería francesa se dividió en dos columnas al descubrir las dos masas de los españoles. Los dragones de Pryvé se dirigieron a los de Valdecañas y los cazadores de Dupré hacia los cordobeses, que acababan de pasar el Guadalquivir. Unos y otros iban apoyados en segunda línea por los suizos y marinos, como los españoles lo estaban por la infantería del conde, posesionada de unas eminencias que cubrían el camino de Córdoba. Los de Valdecañas, impacientes por tomar parte en la ac-

»cion cuyo ruido escuchaban cada vez más pronunciado y nutrido, se adelantaron a cargar a sus enemigos. Ya próximamente a ellos lanzaron sus caballos a la carrera; pero retrocediendo algunos pasos por el jefe de la Reina que iban a la cabeza, para dar la vuelta a una eminencia y cargar de flanco a los franceses, los paisanos, sin comprender el movimiento, se retiraron precipitadamente y en desorden hasta la infantería, no bastando a detenerlos las órdenes de Valdecañas que continuó la carga con los pocos soldados que les quedaron, ni las voces del teniente coronel de la Reina, que pagó con la vida su entonces poco meditada evolución. Los dragones de Pryvé, rechazado que hubieron sin dificultad aquel temerario ataque, persiguieron a nuestros jinetes hasta el pié de las alturas en que se hallaba la infantería, cuyos movimientos sucesivos, dirigidos a cubrir el puente de Córdoba anduvieron todo el día observando, pero sin lograr impedirlo ni estorbarlos (1). La brigada de Dupré cargó a su vez a los paisanos que habían cruzado el río, quienes la defendieron algún tiempo con sus escopetas o tercerolas en cuyo manejo los había que pasaban por muy diestros. Por fin los cazadores franceses cargaron a fondo y nuestros compatriotas tuvieron que ceder, dirigiéndose unos a reunirse con los de Valdecañas y los demás al paso mismo que les había servido para salvar el río. Más no encontrándolo en la confusión y azoramiento que llevaban, y no valiéndoles lo soberbio de sus caballos, los más gallardos que acaso se hayan visto en un combate, se ahogaron muchos o quedaron en poder del enemigo.

»Dupont decía después: «Nuestra caballería ha dado varias cargas brillantes; los insurgentes han dejado una multitud de muertos en el campo».

»Esto prueba que nuestros jinetes combatieron con algún mayor tesón del que generalmente se les atribuyó después por algunos escritores extranjeros y aún nacionales.

»Formadas ya en lo alto de la cuesta de la Lancha las tropas del cuerpo de batalla, Echavarrí creyó deber celebrar un consejo de guerra, al que llamó a todos los jefes de los cuerpos. Corta fué la conferencia: el teniente coronel Giron como de inferior grado, fué el primero en dar su

(1) En carta fechada el 27 de Febrero de 1813 dice el conde de Valdecañas al general Echevarri: «Inmediatamente empezaron los enemigos la marcha hacia nosotros; pero viendo que habíamos forzado una prolongada línea en las alturas, se detuvieron a observar. Mudé algo de posición y volvió a moverse el enemigo siempre observando». Este es un suceso perfectamente justificado. En otras cartas del conde al mismo general, hace estas declaraciones: «El paisanaje tan ignorante como indisciplinado, incurrió en lo que tantas veces se ha repetido tristemente en esta guerra, ir hacia el peligro manifestando gran resolución que luego momentaneamente se disipa.» Así fué menester detenerlos para que no fuesen a escape hacia el enemigo; juzgaron que era retirarse de la acción y lo hicieron ellos con tal precipitación, que fué infinito mas violenta la separación que cuando iban al ataque.

»parecer, que fué acogido sin discusión por los demás. Atendiendo, dijo,
»al número de tropas veteranas que podemos oponer al enemigo y a la
»inutilidad que puede prestar el paisanaje; creo que el partido mejor en
»esta situación, es el de encerrarnos en Córdoba para defenderla como
»nuestros compatriotas han defendido a Buenos Aires, y dar así tiempo al
»general Castaños para reunir sus tropas y acudir en nuestro auxilio.

»Este voto era el más prudente y el único de ejecución posible, cuando
»ya la mayor parte de los franceses habían cruzado el Guadalquivir y se
»formaban al frente o iban corriéndose por la izquierda de los españoles
»dominándolos siempre desde las colinas inmediatas y amenazando la
»línea de comunicación con Córdoba. El coronel Chica, los brigadieres
»Venegas e Iriarte, los demás jefes presentes y Echavarrí asistieron al voto
»de Giron, y pocos momentos después empezaban a efectuar los paisanos
»su retirada, cubiertos por la columna de granaderos y el batallón de
»Campo Mayor que escoltaban además la artillería. Todo iba con el mayor
»orden a pesar de ejecutarse a la vista de un enemigo tan audaz y em-
»prendedor, como Dupont, cuando la voladura de un carro de municiones
»introdujo algún pánico en los paisanos, que no pudieron ya conservar
»su formación y se desbandaron para penetrar en Córdoba. Las tropas si-
»guieron tranquilas su movimiento sin ser más que ligeramente hostiga-
»das por las guerrillas francesas; pero al llegar a la ciudad les fué neces-
»rio valerse de las más enérgicas amenazas para abrir las puertas.

»Penetraron, al fin por la que abre paso al camino de Madrid; y dejando
»para su custodia una compañía de la división de granaderos provinciales,
»continuaron a la plaza Mayor, de donde al aproximarse los franceses se
»trasladaron a la izquierda del Guadalquivir, desesperando también Echa-
»varrú de la posibilidad de defender a Córdoba.

»Así acabó la acción del puente de Alcolea, sobre la que tantas versio-
»nes y tan diferentes juicios se hicieron entonces y han dado a la estampa
»posteriormente los historiadores de uno y otro bando de los beligerantes.
»Reclamar para ella las proporciones de una batalla con sus grandes ma-
»niobras, considerable duración, y mortandad no escasa, sería querer des-
»figurar la verdad histórica: representarla como una simple escaramuza en
»que a la amenaza tan solo de las masas enemigas ceden los españoles, y
»se desbandan para acogerse a la ciudad próxima o a los montes vecinos,
»es, no solo faltar a aquella verdad, sino debilitar a la vez la propia repu-
»tación de los que así quitarían fuerza a una de las razones que indudable-
»mente tuvieron para detenerse en la marcha a su parecer triunfal, que
»habían emprendido, por que los franceses no dejarían de distinguir entre
»sus adversarios a los que formaban parte de la fuerza veterana; y sabien-
»do que a espaldas de ellas se estaba organizando un ejército con cuer-
»pos cuya calidad y número no debían serles desconocidos, pues que pro-

»cedían de Portugal y del Campo de San Roque, y de las guarniciones de
»Sevilla y Cádiz; comprenderían que iba a serles difícil vencerlos, cuando
»no habían podido desordenar siquiera aquella escasa tropa que combatía
»con el informe cuerpo de vanguardia mandado por Echavarri.

»Las bajas de una y otra parte fueron escasas. Los franceses perdieron
»unos 140 hombres, guardias de Paris en su mayor parte, muertos o he-
»ridos en el ataque del puente. Los españoles no llegaron a experimentar
»ni tan insignificante pérdida por que hallándose atrincherados, o a cubier-
»to de los proyectiles enemigos en las casas de Alcolea y tras los acciden-
»te de la orilla derecha del Guadalquivir, tuvieron por estos mismos y la
»estructura topográfica del terreno, tiempo y modo de evitar la acción de
»sus adversarios. «La pérdida del enemigo, dice, Baste, fué aun menor
»que la nuestra, porque estaba atrincherado y porque no pudimos alcan-
»zarlo del otro lado del puente, al menos a sus tropas regulares; no hubo
»mas que paisanos que habiéndose obstinado en resistir en las casas, fue-
»ron acuchillados en ellas».

Creemos que tanto el capitán Baste como el general Gomez Arteché, se equivocan respecto al número de bajas y para rectificarlos nos apoyamos en los documentos siguientes:

En la Memoria ya citada escrita por un fraile de Andújar se dice. «Por
»testimonio de Antonio Garay que corrió con las raciones y porque yo
»mismo los conté, entraron en Andújar con Dupont 11.000 hombres es-
»casos de a caballo y de a pié, aunque habian propalado venir 15 o 17
»mil. Desertaron 600 o 700 suizos. Tólico Josef empezó a matar o aprisio-
»nar a cuantos podía al paso; por lo, que el alcalde le mandó dos oficios a
»que se retirase; los de Montoro que echaron en los pozos muchos y en
»y en el río de Zurraque, varios de la Aldea en Perabad que acogotaron
»algunos; 50 que quedaron en la aceñas de la Aldea, casi 100 en el mesón
»y puente de Montoro que se prendieron, y otros que enfermaron o hu-
»yeron en el camino, todo esto nos dará a entender que faltaron en Alco-
»lea 1.500. En la acción murieron 2.000; luego en Córdoba entraron me-
»nos de 8.000. Confirmase este cálculo con una carta de Dupont a Berg
»interceptada, en que orgullosamente daba cuenta que con 8 000 hom-
»bres, habia arrollado 40.000. Tales eran las formidables fuerzas de la Gi-
»ronda que debieron especular los interesados sopena de indolencia y pa-
»ra acercarse o no arrimarse a lo menos en Ecija con descubiertas numero-
»sas. Y por que concluyamos la cuenta para lo que nos importa, diremos
»los que entraron en Andújar antes que les llegasen mas refuerzos. Aqui
»solo volvieron 7.000. La prueba. En los hospitales, en las descubiertas y
»partidas que pasaban de La Carlota, allá; en guardias que abandonaron
»por temor, en varios que se rezagaron por el camino, y en otros asesina-
»dos o dispersos faltaron como 100. De esta forma que a su entrada en

»Andújar yo que los miré, con otros, regulé 7.000. Por ésto, por cubrir esa falta clamaban a Madrid por refuerzos, que despues llegaron, y hacian la mogiganga de mudar vestidos y alojamientos y salir de noche por un camino para entrar de dia por otros, con varias tretas. Tales eran sus fuerzas en Andújar sin fosos ni estacadas como segun les será sometidos. Yo me mantuve 19 dias con ellos, alojados en mi convento 370 de la Guardia Imperial; me paseé entre ellos, y por sus campamentos, entre otras personas que les compraron muebles y sé que no me engaño».

En el documento que la Junta de Córdoba dirigió al dia siguiente de la salida de los franceses (1) a su representante cerca de la Junta de Sevilla, D. Juan de Dios Gutierrez Ravé, se consigna que los franceses dejaron en los hospitales cerca de 300 enfermos, sin saberse que destino debia dárseles una vez verificada su curacion, número que a nuestro juicio nos parece grande para enfermos y que bien podría comprender los heridos graves de la batalla de Alcolea, imposibilitados de marchar: tal número de enfermos no parece ilógico en un ejército que tan pocos dias llevaba de marcha, sin sufrir grandes penalidades, pernoctando todas las noches en pueblos, en un tiempo en que todavia los calores no eran excesivos y cuando apenas llegaba a perseguirlo el enemigo.

La relación de la batalla conservada en la Biblioteca Episcopal, de Córdoba, dice que los franceses tuvieron 2.000 muertos. En una denuncia presentada contra la Junta de Córdoba (2) a la Central del Reina, en la que se enumeran los servicios prestados por Córdoba a la Patria, se consigna que los franceses tuvieron en Alcolea 3.000 muertos. En la real orden del 3 de Junio de 1815, creando una cruz como distintivo glorioso de las tropas que al mando de D. P. A. Echavarri asistieron a la batalla de Alcolea, se dice que el numero de bajas francesas fué de 3.500. En estos documentos se advierte una gran exageracion en lo referente a la importancia de la batalla y al número de bajas francesas.

Pero de todos modos estos documentos demuestran claramente que las pérdidas sufridas por los franceses fueron superiores a las que consigna Baste.

Tratando de nuestras pérdidas dice el citado general que las bajas de las tropas de Echavarri, fueron inferiores a las de los franceses, en lo que creemos se halla igualmente equivocado, pues aunque el parte de Dupont diciendo que los insurgentes han dejado una multitud de muertos en el campo sea exagerado, desde la narración del capitán Baste, hasta los documentos cordobeses, todos afirman que al tomar la aldea de Alcolea, fueron pasados por las armas sus habitantes que se defendían valientemente

(1) Revista crítica de Hitoria y Literatura.—Madrid. Documentos que pertenecieron al general Castaños.

(2) A. H. N. Estado Leg. 52 dotº. 305.

te en las casas, y como la aldea entonces tenía más de un centenar de habitantes, creemos que las bajas de que nos habla Gomez Arteché, se refieren únicamente a las de las tropas de línea, pues las de los paisanos sería no sólo difícil, sino imposible de averiguar, por lo heterogénea que había sido su formación y más quedando el campo de batalla por el enemigo.

Fué Córdoba de las primeras ciudades de España que se opusieron al paso del ejército francés presentando contra él uno mal armado y malísimamente equipado, falto de artillería, conforme pudo formarse por la decisión de unos cuantos patriotas y principalmente por Echavarri, hombre de ambición, inquieto, de genio áspero y fácilmente impresionable por cualquier motivo, como lo prueban las hojas que dirigió contra la Junta de Murcia y al vicepresidente de las Cortes de Cadiz, marqués de Villafranca, cuando se le acusó de la forma en que había llevado la guerra en el reino citado, lo que motivó su detención y prisión en el castillo de Santa Catalina y el ser suspenso de empleo y sueldo, mientras se vió su causa en el Consejo Supremo de Guerra y Marina y en las Cortes, de la que consiguió salir absuelto.

Por sus condiciones era más apropiado para dirigir una guerrilla, que para un mando en jefe, como lo prueban sus decretos ordenando una leva en masa, medio poco adecuado para impedir la entrada de los franceses en Córdoba, teniendo en cuenta el poco tiempo que había para organizar al paisanaje. Contaba con grandes simpatías en la Ciudad y los cordobeses pidieron a las Cortes, que lo nombraran general encargado de fomentar la insurrección en la provincia, durante la invasión francesa; una carta de la época en la que no puede haber motivo para halagarlo dice (1) «que era un buen soldado, aguerrido, valeroso, intrépido, subordinado a las órdenes de sus superiores, muy eficaz en practicarlas, bastante exacto en cumplirlas y sobre todo enemigo acerrimo de los invasores franceses».

Estamos conformes con Gómez Arteché y creemos que la batalla dió lugar a que Castaños organizara un ejército y por lo tanto, a poner a cubierto a Andalucía del enemigo y detenerlo en su precipitada marcha hacia Sevilla y Cádiz. Constituye, pues, la jornada de Alcolea una brillantísima página de la historia de Córdoba, que ésta ha olvidado por completo, así como a los hijos que dieron su vida por salvarla.



(1) Biblioteca Episcopal de Córdoba Colección de cartas de Javier Ruiz de Mendoza.

CAPITULO IV.

Llegada del ejército de Dupont a Córdoba.—Atentado contra el General.—Saqueo de la Ciudad durante tres días.—Orden de Dupont.—Bandos del Corregidor.—Festividades de la Santísima Trinidad y del Corpus.—Marcha precipitada del ejército.

El ejército cordobés, en su retirada, no dejó de hacer frente al enemigo, hostilizándolo con varios destacamentos desplegados en guerrilla, lo que indujo a Thiers a forjar en su *Historia del Consulado y del Imperio*, una batalla inter-muros como disculpa del saqueo que sufrió la Ciudad por las tropas de Dupont. También intenta denigrar las tropas que acaudillaba Echavarrri en la batalla de Alcolea, suponiendo que fueron reclutadas entre los bandidos de Sierra Morena que él había perseguido frecuentemente, los cuales en confusa dispersión se refugiaron en Córdoba y dieron principio al saqueo. Notoria injusticia consignada por un historiador que, a pesar de su renombre, se muestra poco respetuoso con los fueros de la verdad, dejándose influir por la leyenda negra formada por adversos escritores extranjeros para calumniar a España cuando sostenía en sus manos el cetro de Ambos Mundos y dictaba leyes a las demás naciones. Los valientes patriotas que, sin recursos apenas, combatieron en Alcolea, oponiéndose al paso del aguerrido ejército francés, son acreedores a que la Historia imparcial los distinga con una honrosa mención.

Los coraceros franceses al trote por el arrecife arrollaban a los rezagados y pretendían intimidar desde lejos con el brillo de sus corazas. Sin embargo, grupos de valerosos paisanos les aguardaban en la Cuesta de la Pólvora, queriendo dificultar su marcha; mas deshechos prontamente y unidos a los demás soldados fugitivos que se dirigían a la Ciudad, al ver sus puertas cerradas, se desbandaron por completo, internándose unos en la Sierra y el resto en la población por el puente de Julio Cesar, aunque Córdoba no estaba en condiciones de prestar un asilo seguro:

A las dos de la tarde, el ejército francés mandado por los generales, Fresia, Dufour, Legendre, Rouger, Pannetier, Laplane, Dupres, y Dupont general en jefe, llegaba al pié de las murallas de la antigua Colonia patria, que hallábase completamente indefensa, sin tener ni un solo regimiento de guarnición, y en cambio expuesta a los ataques de los vencedores, cuya furia le iba a ser difícil contener a sus propios jefes. Según dice en sus *Anales de Córdoba*, Ramírez de la Casas Deza, aceptando el testimonio de un anciano dependiente de la Maestranza de Sevilla, que vino a entregar los armamentos a la Junta antes de la batalla, las puertas fueron cerradas por el capitán de Artillería don Gonzalo Cueto, quien entregó las llaves a la Junta de Carmona a su paso por esta ciudad, al ir a Sevilla,

pero estas puertas iban a franquearse para que saliese una comisión a parlamentar con el enemigo, cuando Dupont, ordenó que se abrieran a cañonazos, penetrando el ejército desplegado en guerrillas, con la bayoneta calada, por la Puerta Nueva y la de Baeza, mientras el derrotado ejército de Echavarri y un gran número de paisanos huían por las del Puente y Osario, buscando refugio en los cortijos del camino de Ecija y Sevilla o en las fragosidades de la Sierra. Aún no habían cometido ningún desafuero contra la población civil y solo se oía, después de haber cesado el fuego de cañón, alguno que otro tiro perdido, cuando Pedro Moreno, Juez de paz de la Santa Hermandad y habitante en la calle del Pozo número 13 (hoy Borja Pavón número 2) vió penetrar desde el balcón de su casa por la puerta Nueva al general Dupont, rodeado de su cuartel general, y sin pensar en el daño que podría ocasionar la acción valerosa que ejecutó, apenas concebida, disparó sobre el general varias veces, matando el caballo que montaba e hiriendo al edecán que iba a su lado. La casa donde estaba Moreno fué tomada por asalto, después de una heroica lucha en que murieron varios de los asaltantes; Moreno, su mujer, su hija, y todos los habitantes de la casa fueron acuchillados, salvándose solo una nieta de corta edad, que un soldado sacó enganchada por la ropa en la bayoneta y que por compasión no la mataron, recogiéndola una vecina. Más tarde fué conocida en la capital con el nombre de la niña del milagro y profesó en el convento de Mínimas del que pasó al extinguirse éste, al de Santa Isabel, donde murió santamente.

Dupont en el paroxismo de su rabia, ante el peligro pasado, ordenó que se tocase a rebato, sin respetar a las mujeres, a los ancianos, ni a los niños. El marqués de la Puebla de los Infantes enterado de esta espantosa orden, se presentó al general con la mayor humildad y casi postrado de rodillas, con lágrimas en los ojos, le pidió el perdón de la Ciudad, la cual no se había levantado contra su ejército, pues sólo las tropas de Echavarri eran las que se habían opuesto a su paso. Dupont concedió la gracia pedida y retiró la orden dada, pero ya era tarde, pues desde el momento de la agresión empezó el saqueo por las tropas. Un fuerte grupo de paisanos defendía la parte Norte de la población habitada por las clases ricas; mas pronto penetró el enemigo, trabándose un combate de calle en calle; disparaban y producían la muerte los invasores a cuantas personas encontraban a su paso, aunque no le opusieran resistencia, contándose entre ellos mujeres y ancianos, completamente inermes. Sin embargo, ante los paisanos armados huyeron mas de una vez; en la Puerta del Puente se distinguieron dos soldados del regimiento del Príncipe que contuvieron por algun tiempo a un grupo numeroso de franceses. La ceguedad y furia de los soldados causaron grandes destrozos en la Cárcel, cuyos presos puestos en libertad, entregáronse a toda clase de desmanes. No se respe-

tó ni a las personas de mayor autoridad; el Obispo tuvo que saltar las tapias del jardín de su palacio, para refugiarse en la finca llamada la Alameda del Obispo, pero fué alcanzado y pisoteado. Entre los primeros templos que sufrieron el saqueo se cuenta el Santuario de la Virgen de la Fuensanta, imágen veneradísima por los cordobeses a la que habían puesto el fagín de general antes de la batalla, siendo destrozada entre los gritos de los franceses y el horror del pueblo; el templo fué convertido en lupanar (1) y un acta del Cabildo Municipal relata estos hechos en los siguientes términos. «Entraron, profanando el templo y las Imágenes y hasta el sagrado Cuerpo de Nuestro Divino Maestro y Redentor Jesucristo, tirando las sagradas formas para llevarse los copones que las contenían.»

Igual suerte le cupo al hospital de San Juan de Dios y al convento del Cármen, extramuros de la ciudad; en el de San Agustín fueron destrozados los hermosos frescos que decoran sus paredes y destruído cuanto encerraba de algún valor; del de la Merced fueron robadas todas sus valiosísimas alhajas, (2) y del edificio de la Inquisición arrebataron sus misteriosos papeles, muchos de los cuales fueron arrojados al viento.

La Mezquita, Catedral, fué también despojada, llevándose gran número de alhajas (3) entre las cuales había dos magníficas coronas de oro, guardadas de brillantes, pertenecientes a las Imágenes de la Virgen y el Niño de Villaviciosa; el Palacio Episcopal fué también saqueado, sustrayendo todos los fondos de la Colecturía general, la plata de mesa, varias bandejas, báculo, pectorales y candelabros, así como las ropas, colchones y cuanto de algún valor se destinaba al servicio del Obispo.

Dice la *Relación* citada, que Dupont tenía en su equipaje cinco millones, once kilos de perlas, y un pectoral, que se supone pertenecía al Obispo de Jaén, y que compró a un soldado por 200 reales. También de las cajas de Obras Pías, se llevaron 648, 963 reales, de la de Subsidios 148, 963 y de la oficina de Cabeza de Rentas 2,500,000. Para formarse una idea de las violencias que se ejercieron en el despojo de dicha oficina copiamos íntegra el acta del Cabildo Catedral celebrado el 13 de Julio que dice así: «El »Jueves 9 de Junio del presente año de 1808, como a las diez de la mañana se le pasó recado por el señor Dean al contador de dicha oficina para »que trajese las llaves de ella, lo que ejecutó inmediatamente, y cuando »llegó a la iglesia halló cerradas las puertas, a excepción del postigo de la »torre. Luego que se aproximó a la puerta de la oficina vió a dicho Deán »con dos militares franceses; el uno parecía general y el otro con un sobretodo o levita, y cuatro granaderos.

(1) *Anales de Córdoba*. ob. cit.

(2) En el convento del Cister se conserva un manuscrito sobre el Convento de la Merced, conteniendo la lista de las alhajas que se entregaron a los franceses en 1808.

(3) Gomez Arteché-ob-cit-

»Habiendo abierto dicho contador las puertas entraron todos, preguntando donde estaba el dinero y amenazando al parecer a los españoles que estaban en la iglesia y a todo el pueblo que se haria un estrago en que todos padecerían mucho. En su vista el tesorero don Pedro Merlo, que también asistió, sacó sus llaves y manifestó el dinero que tenía en la taca de su bufete y en la alacena y se les dijo que los demás dineros de oficina estaban en el archivo de la tesorería y en el interior, pero que las llaves paraban en poder de los respectivos señores diputados, con cuyo motivo instaron así dichos dos oficiales, como otros que entraron en esta ocasión, para que se trajesen, y habiéndoles dicho que no se sabia donde se hallaban algunos de dichos señores y que no estando juntas todas las llaves no era posible abrir, se exasperaron, más últimamente hicieron llamar un cerrajero que descerrajara dichos archivos, habiendo precedido que los granaderos aplicaron los fusiles a las cerrajas como para romperlas o violentarlas y parece dieron a entender se cercaria la iglesia hasta que se entregaran los dineros. Descerrajados que fueron los dichos archivos (habiendo sido primero el interior) principiaron a sacar espuestas y talegas y ponerlas en el suelo. Estando en esta diligencia entró otro general con el sable desnudo y levantando el brazo en ademán de amenazar a los españoles, que estaban en la oficina, y con él venían otros cuatro o seis granaderos con sus armas.

»Preguntó al tesorero por los oficiales franceses y le respondió que estaban mas adentro; entró en el sitio del archivo interior y dijo en francés ciertas palabras que al parecer significaban que de orden del general nadie se moviera. Dichas estas palabras notó que el dinero estaba ya sacándose de la taca y entonces puso el sable encima de la mesa redonda y habló con los otros oficiales riéndose mucho.

»Luego que sacaron el dinero de la taca del citado archivo interior volvieron a meter en el mismo sitio parte de él, poniendo en la parte inmediata a la cerraja unas tiras de papel con unos sellos de lacre y se dejaron en la mesa y en el suelo varias espuestas llenas. Hecho esto se siguió que pasaron al archivo exterior, del que sacaron todo el dinero y lo llevaron a la pieza interior para juntarlo con el otro. Y habiendo notado que en el dicho archivo exterior había otra barra, dijo el último general que entró, que allí también había dinero, pero se les respondió que no era cosa de esta oficina, y reparando por la parte de dentro en la división que había con más tablas, hicieron que el cerrajero y después un carpintero que hicieron buscar, abrieran un boquete y por el entró el último general que vino y algunos soldados y el cerrajero y sacaron el dinero que había en las oficinas de Obras Pías y lo llevaron a la pieza interior. Luego que sacaron los dineros fueron presentándole a dicho general los soldados que quedaron dentro, varias alhajas y el infrascrito con-

»tador le dijo al mismo general que eran de una imagen y que se guardaban en aquel sitio, y mandó dicho general volver a ponerlas donde estaban. Hecho todo esto llamó al mismo general, al contador y tesorero y les dijo cuasi por señas que se fueran a comer y volvieran, lo que en efecto ejecutaron a las cinco y media de la tarde que fué cuando se concluyó todo, y habiendo vuelto antes de las seis hallaron en la pieza exterior de la oficina al general primero que vino y a dos centinelas, y dicho general les dió a entender a los referidos contador y tesorero no esperaran en aquel sitio por que iban a comer y volverían dentro de una hora, lo que no se verificó y sí que a las diez menos cuarto de la noche vino una guardia grande de granaderos que se puso en la puerta y entonces se retiraron los dos centinelas y los dos empleados en la oficina. En esta forma quedó la guardia entregada en todo hasta el domingo que parece se retiró, y habiendo el contador y tesorero venido a la iglesia el lunes con el fin de buscar las llaves o saber quien había cerrado, nadie pudo dar noticia de ello, hasta que se acercaron a las puertas y habiéndolas tanteado, hallaron que estaban abiertas: entraron y junto al balcón primero vieron unas vinajeras en el suelo, de lo que infirieron que se habían llevado las alhajas; inmediatamente llamaron a los señores diputados de Obras Pías para que viesen lo que había sucedido. Los caudales que en dicho día existían pertenecientes a los fondos de la tesorería del referido tribunal ascendían a 2,500,000 rs a corta diferencia que fué lo que se llevaron. Córdoba y Julio 12 de 1808 Rafael Fernández.»

De las Cajas de Consolidación y depósitos de Tesorería recogieron 10.000.000 de reales; al depositario y Jurado del Ayuntamiento, D. Francisco Ruiz le forzaron el arca que tenía en su domicilio donde guardaba 30.000 reales, importe del cobro de arbitrios municipales: el General Laplane nombrado General gobernador militar, alojado en la casa del marqués de Villaseca, se apoderó bajo amenazas de 80.000 reales. No hubo caja oficial, ni casa particular que no expoliaran y saquearan.

Tenemos entre otros muchos testimonios fehacientes de la época, que lo confirman, además de los documentos cordobeses, el relato del pagador Julien, de la división del general Vedel, que consigna estas noticias: «La toma de Córdoba ha enriquecido a todo el ejército; conozco a la mujer de un General que ha enseñado perlas y piedras preciosas por valor de mas de treinta mil francos, que había adquirido a vil precio».

Un gran convoy con el botín conquistado a tan poca costa se ponía camino de Madrid. De toda clase de pertrechos de guerra, de vituallas, de caballos etc. se apoderó el ejército, no dejando en la ciudad, ni siquiera el del timbalero y decretando el desarme de los paisanos por temor a un alzamiento general.

Las típicas tabernas cordobesas, bien provistas de sus afamados vinos,

sufrieron vivos asaltos de los invasores, y las describió Thiers, confundiendo las bodegas, con nuestras tabernas, en los siguientes términos: «Destaparon a culatazos las cubas e hicieron tal destrozo que algunos de ellos se ahogaron en el mismo vino vertido de los toneles. Otros se embriagaron en tales términos que mancillaron el brillo del ejército francés, arrojándose sobre las mujeres y haciéndoles sufrir todo género de ultrajes». Fué tan grande en efecto el consumo de vino, que muchos días despues de la salida del ejército, no había podido reponerse. Según certificado de Don Isidoro Vital (1) interventor del Ayuntamiento en el cobro del arbitrio sobre la renta del aguardiente, se bebió, consumió y disipó el ejército francés, 1.100 arrobas de este alcohol.

No se respetó a las religiosas en sus celdas; las hijas eran ultrajadas en presencia de sus padres y hermanos y las esposas delante de sus maridos e hijos.

Dos días después del saqueo dice el teniente coronel Clerc en su notable libro (2): se comían los cerdos los senos de las mujeres que habían recibido la muerte en las calles (3). *Deux jours apres des cochons mangeait les sein des femmes qui avaient reçu la mort dans les rues.*

«Las familias, (4) casi sin comunicación, se hallaban consternadas al padecer y oír tantas violencias y horrores. Por todas partes no se veía mas que franceses llevando reses muertas y cuartos de carnes, cubas y cántaros de vino, sacando de todo mas de lo necesario, y así después de lo mucho que consumieron les quedó para dar y tirar. La ciudad quedó completamente aniquilada. Tres días duro el saqueo y durante cinco no se celebraron oficios divinos en las iglesias: Al cuarto día de dominación, algunas compañías escogidas, recorriendo los barrios de la ciudad, pudieron restablecer el orden entre los cuerpos de ejército que estaban sumergidos en la embriaguez, la lascivia y los excesos mas desenfrenados».

El mismo autor en sus *Memorias* inéditas, relata en esta forma el vejamen de que fué víctima su casa. «Al otro día (el 8) bien temprano algunos soldados, entre ellos uno que por su traza parecía oficial, entraron en mi casa para saquearla: uno de ellos llevaba al hombro una brillante hacha, sin duda para romper las puertas o muebles que se hallaran cerrados. Cuando yo los vi entrar en la habitación aun estaba en la cama, no demostrando mi miedo de otra manera que metiendo los brazos debajo de la ropa y tapándome bien. Abrieron arcas, baules, contadores, y se llevaron lo mas precioso que hallaron, pues aunque mi familia había escondido al-

(1) Archivo Municipal de Córdoba. Sección 19. Escrituras del Cabildo tomo 78.

(2) Guerre de Espagne. Capitulation de Baylen Causes et consequences.

(3) Entonces y aun hoy en algunas capitales de España, tienen los cerdos en las casas y andan por las calles.

(4) Anales de Córdoba obra citada.

gunos efectos, con la prisa y la consternación se había olvidado de varias cosas, fuera de los duros que mi padre tuvo que darles como tambien a otros que entraron saquear, pero viendo que otros lo habian hecho ya, como lo demostraba el desorden de los muebles y las muchas cosas que estaban tiradas en el suelo se contentaban con el dinero y se marcharon; lo que duró en rigor tres días».

Cuando se terminó el saqueo de la ciudad, el dia 8, publicó Dupont la guiente orden: (1) «La turbación indispensable de una ciudad asaltada a viva fuerza deber ceder después de la victoria; el soldado francés por su caracter nacional es siempre humano y generoso. La España hallándose bajo la soberania de S. M. el Emperador, sus tropas deben tratar con benignidad y amistad a los habitantes desarmados y tranquilos despues de haber aniquilado a los rebeldes en el campo de batalla.

En su consecuencia manda el general en Jefe, que reine en la ciudad de Córdoba la tranquilidad, y que las personas y las propiedades sean respetadas. El pillaje esta prohibido. Cualquier soldado que a él se atreviere será inmediatamente entregado al Consejo de guerra». El General en Jefe Firmado Dupont.—Legendre Secretario».

Los excesos que dejamos referidos, sirvieron en gran parte de fundamento al proceso que de orden del Emperador se dirigió contra los generales que capitularon en Bailén, y principalmente contra Dupont, a quien se les hacia graves cargos por haber permitido que el saqueo de Córdoba se prolongase mas alla de los primeros momentos concedidos al furor del soldado, porque no atendió con órdenes oportunas a la seguridad de los fondos públicos, sino tres dias despues de su entrada en Córdoba; por no haber dispuesto la entrega de todos los fondos en la caja del Pagador general, y por que evacuó a Cordoba sin llevarse a los enfermos, aun cuando tenía 800 carros de equipaje.

Para tranquilizar al vecindario e inspirar una confianza que estaba muy lejos de sentir en sus hogares, el Corregidor publicó con fecha 12 el siguiente bando, que ofrece no escaso interés:

«DON AGUSTIN GUAXARDO Y CONTRERAS, CORREGIDOR, JUSTICIA MAYOR DE ESTA CIUDAD DE CÓRDOBA.

Hago saber a todos los habitantes de esta ciudad, que hallándome penetrado de los más positivos conocimientos de la buena disposición de los señores Xefes del exercito Francés aquartelado en esta ciudad para proteger la pública tranquilidad y las propiedades de todos los vecinos, debo como cabeza del Gobierno Político, exhortar a todos y a cada uno de ellos a que vivan con la mayor armonía con la tropa francesa, respecto a que pasado ya el tiempo del pillage, permitido por las leyes militares todos

(1) Nos ha sido facilitada por el señor Gomez Imaz, de la importante colección de papeles que posee sobre la guerra de la Independencia.

deben tratarse mutuamente como hermanos; en cuya virtud exhorto a cada uno de los que se han fugado y a los que indebidamente mantienen aun sus casas cerradas a que se restituyan a sus propios hogares, abriendo sus tiendas los artesanos y menestrales, contribuyendo todos a que haya abundancia en el abasto de víveres y en los demás artículos necesarios para la subsistencia y comodidad; en el concepto de que obrando al contrario se da margen a la desconfianza que podrá infundir a los señores Xefes de la tropa francesa, y cederá en perjuicio de todos los vecinos y naturales quienes deben de estar seguros de que está protegida nuestra Sagrada Religión y libre el ejercicio del culto Divino y cumpliendo todos con quanto llevo encargado, darán un público testimonio de su obediencia y subordinación a las Potestades Civiles; no degenerando del carácter Español. Córdoba y Junio 12 de 1808.»

El día 13, domingo y festividad de la Santísima Trinidad, Dupont que sabía el catolicismo de la ciudad, ordenó que la tropa concurriera a una solemne Misa en la Catedral, causando gran escándalo en los pocos fieles que se atrevieron a salir de sus casas calladamente, el oír el toque de las campanas, y ver que los soldados no se quitaban el morrion dentro de la iglesia.

El 16, festividad del Corpus, se celebró la tradicional procesión, tomando parte también las tropas francesas que rindieron honores al Santísimo «aun cuando mas parecían guardianes de un reo que defensores de Nuestro Señor», según dice en una de sus cartas Ruiz de Mendoza.

No por que una victoria fácil, seguida de violencias y de contempORIZACIONES había hecho árbitro y señor de Córdoba a Dupont, dejaba este caudillo de sentir recelos e inquietudes. Sabía que sus fuerzas eran insuficientes para dominar las rebeliones que iban creciendo; no ignoraba los sucesos de Andújar donde le aprisionaron un destacamento, ni la partida levantada a sus expensas por el Alcalde de Montoro, ni la pérdida de sus convoyes entre los asperezas de Puerto Rey, ni el ensañamiento de los paisanos con los prisioneros enemigos, ni el número de soldados que sucumbían en la Sierra, bajo el plomo de los tiradores de Villaviciosa, etcétera... Así es, que la misma tarde en que salió la procesión del Corpus empezó el invasor a evacuar a Córdoba, pero con tal precipitación que muchos abandonaron armas, reses, carros de municiones y pertrechos de guerra, temiendo ser envueltos por el ejército de Castaños que tomaba posiciones a retaguardia. Más parecía su marcha una desordenada fuga, que una retirada, pues llegó a tal grado el aturdimiento que olvidándose el dar el aviso a las avanzadas, tuvieron que retroceder del lado de Sevilla, por trochas y veredas para no caer en manos de los cordobeses, bien persuadidos de que libre el pueblo de las bayonetas enemigas tomarían justa venganza, como así sucedió con cuatro soldados que habiéndose aproxi-

mado temerariamente a las murallas, fueron acometidos y muertos dos de ellos a manos de unos piconeros.

El Corregidor ya por la fuerza o por cumplimiento de su deber quiso conservar la mejor inteligencia entre vencedores y vencidos, y el mismo día 17 publicó un bando, dictando las órdenes y advertencias siguientes:

«Se manda que sin embargo de haber salido de ella en la noche anterior el ejército francés que la ocupaba, es conveniente a este público, se observe la mejor armonía con todos los franceses, así sanos como enfermos, que quedan por ahora en esta ciudad, asistiéndolos con quanto necesitan y tratándolos con la debida humanidad, como se ha practicado hasta ahora con todos los del dicho exercito, sin vejarlos ni molestarlos, ni causarles perjuicio alguno, bajo las penas militares que irrimisiblemente se impondrían a los contraventores. Así mismo manda dicho Señor Corregidor que todos los vecinos de este pueblo, trabajadores del campo, y aunque no lo sean, y puedan ser útiles para el propio fin, porque en sus oficios no tengan que hacer, se dediquen y acomoden y salgan de esta Ciudad a los trabajos de siega y saca de los panes que tanta faltan hacen para la manutención de este pueblo, como igualmente todos los artifices o facultativos de manufactura se recogerán a sus hogares, casas y tiendas, y se ocuparan en sus respectivos trabajos, del mismo modo que lo harán las muchas mujeres pobres que no hacen otra cosa que pasearse por las calles abandonando las obligaciones de sus casas y sirviendo de confusión al libre comercio de las gentes del pueblo, y para que todo se observe con la prontitud que es debida y corresponde, se previene que a todos los que contravengan a tan justa disposición se les prenderá y recogerá en la Cárcel pública castigándolos con las mas severas penas a que son acreedores.»

«Igualmente se previene a dichos trabajadores y a todo el vecino que salga o entre, que si en sus respectivas rutas de las hazas, huertas o contornos de esta ciudad, se encontrasen algunos soldados o paisanos franceses, armados o desarmados, los traten y miren con la humanidad y hospitalidad que exige la caridad cristiana, tratándolos como a nuestros hermanos y prójimo, y aconsejándoles concurran a las Casas Capitulares de esta ciudad, donde se les auxiliará y resguardará como es debido; e igualmente si se encontrasen en los referidos parajes, fusiles, escopetas, o algunas otras armas, municiones, etc... traten de recogerlas a la casería, huerta, o casa más inmediata que encontrasen, encargando a sus inquilinos las conserven y custodien interin que el gobierno las haga conducir, esta ciudad y lugar determinado, dando aviso en las Casas Capitulares de lo que hallan encontrado y parage donde lo han custodiado, para ponerle el debido cobro, en la inteligencia que todo buen vecino que se dedique a esta buena obra se mirará como buen patricio, y se le darán las debidas gracias por tan buen servicio.»

«Del propio modo se hace notorio que todos los de nuestras tropas Españolas que se hallen o vengán a esta ciudad ocultos, o disfrazados, se presenten inmediatamente en las Casas Capitulares, a fin de que se les dé el correspondiente destino y ocupación, según las actuales circunstancias y para los mismos fines que van dichos con los demás vecinos honrados. Y para que llegue a noticia de todos se manda publicar al presente en Córdoba a 17 de Junio 1808.»

A los tres días de salir de Córdoba Dupont, había tomado posiciones en Andújar, teniendo ya a la vista el ejército de Castaños, organizado por la Junta de Sevilla, al que se unieron las tropas y paisanos de Echavarri derrotadas en Alcolea.

(Continuará).

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE.

